

ENSAYO DE REVISTA GENERAL
Y DE INTERPRETACIÓN SINTÉTICA
DEL
ESPIRITISMO

Dr. Gustavo Geley



Editora Amelia Boudet

DR. GUSTAVO GELEY

**ENSAYO DE REVISTA GENERAL
Y DE INTERPRETACIÓN SINTÉTICA
DEL ESPIRITISMO**

De la tercera edición francesa, revisada y aumentada

Traducción: A. Guardiola

Prólogo: Quintín López

Prefacio: Juan Meyer

Editora Amelia Boudet

Barcelona

1986

**ENSAYO DE REVISTA GENERAL
Y DE INTERPRETACIÓN SINTÉTICA
DEL ESPIRITISMO**

1ª edición: Noviembre, 1986

© Editora Amelia Boudet

Diseño de portada: Ángel Nadal

Edita: Editora Amelia Boudet

Valencia, 85, entlo. 1ª

08029-BARCELONA

Tiraje: 5000 ejemplares

Impreso en: CEVAGRAF. Sociedad Cooperativa Catalana Limitada

Valencia, 85, entlo. 1ª

08029-BARCELONA

I.S.B.N.: 84-86610-01-X

Depósito Legal: B-35550-86

ÍNDICE

	Página
Prólogo	11
Prefacio de la tercera edición francesa	23
Preámbulo	31
LA DOCTRINA ESPIRITISTA	38
La Doctrina Espiritista	39
Causas y consecuencias de la evolución	42
La encarnación	46
El cuerpo	47
El pro-espíritu	48
El alma	51
La desencarnación	56
LOS HECHOS	60
La Doctrina Espiritista	61
Condiciones para la producción de los fenómenos	69

Los fenómenos	73
Primera categoría	74
Segunda categoría	79
Explicación de los hechos	87
Del contenido intelectual de las comunicaciones .	93
Origen de las comunicaciones	94
Valor de las comunicaciones	97
La teoría anímica	104
PRUEBAS INDIRECTAS	111
Pruebas indirectas	112
CONSECUENCIAS DE LA DOCTRINA	134
Consecuencias de la doctrina	135
Consecuencias morales	144
Conclusión	158
Notas de la presente edición	162
Experiencias de Eva C... ..	163
Experiencias con M. Franek Kluski	167
El modelado de los miembros materializados	169
Conclusión de la "Ectoplasma y Clarividencia"	171



DR. GUSTAVO GELEY
(1865-1924)

Médico y gran investigador metapsíquico francés. Fue presidente del Instituto Metapsíquico Internacional y autor de varias obras sobre esta temática.

PRÓLOGO

Apenas seca la tinta en los puntos de la pluma con que escribimos: Si nuestro voto tuviera algún valor, lo emitiríamos en pro de que, a la brevedad posible, se tradujera al castellano el «Ensayo de revista general y de interpretación sintética del Espiritismo», cuando recibimos el encargo de escribir las líneas que tienes ante los ojos, lector discreto.

Inútil es decir que lo recibimos gustosos y hasta reconocidos. Es, para nosotros, un alto honor, un inmerecido honor, prologar una obra de Geley, cumpliendo con ello lo que ocurre en las mansiones de los grandes señores: que siempre es el lacayo el encargado de abrir la puerta. Nosotros aceptamos con gusto la misión de lacayo en esta ocasión, porque estamos persuadidos de que le abrimos la puerta de una gran obra al lector que tenga el exquisito gusto de querer enterarse de lo que hay tras ella.

No somos idólatras ni iconoclastas; pero confesamos que en la alternativa de haber de ser lo uno o lo otro, nos inclinaremos por lo primero, ya que, al fin y al cabo, la adoración se rinde a lo superior, y superiores, en nuestro concepto, la personalidad científica, filosófica y literaria de Geley, y no hay motivo para que nadie se escandalice de que se le tribute el debido homenaje. Pero, ya lo hemos dicho: no somos idólatras, y al tomar a nuestro cargo la tarea que estamos cumpliendo, procuraremos emitir imparcial juicio acerca de la obra, y prescindir por completo de loanzas para su autor. Éstas, seguramente, las prodigará el que leyere, porque de cierto creemos que espontáneamente se han de generar en su mente y plasmar en sus labios, después de haberse saturado de las más puras esencias de su corazón.

*

El Espiritismo cuya revista general hace Geley, es el recopilado y ordenado por Kardec en sus obras, calificadas, no sin razón, de fundamentales. De este autor dijo ya otro genio, Flammarión, que era *el sentido común encarnado*, y está claro que tratándose de hacer una *revista general* de lo recopilado y ordenado por *el sentido común encarnado*, esa revista ha de ser, de suyo, interesante. Y lo es. Con asombrosa habilidad ha condensado Geley en reducido número de páginas lo que Kardec expuso en siete tomos de regulares proporciones; y es tal y tan clara y categórica esa

condensación, que el lector que conozca la labor condensada, no echará de menos en ella ninguno, absolutamente ninguno de sus aspectos.

Viene seguidamente la *interpretación sintética*, y aquí es donde se admira la genialidad del que supo «lanzarse hacia el fin en línea recta». Con razón ha dicho Sudre que «si la filosofía de Kardec puede ser considerada como la enseñanza primaria del Espiritismo, la filosofía de Geley es la enseñanza superior».

Una pluma más avezada que la nuestra pudiera hacer un hermoso paralelismo entre «El Espiritismo es la Filosofía», de González Soriano, y el «Ensayo de revista general» que nos ocupa. También nuestro sin par filósofo supo condensar en pocas páginas toda la obra del Maestro, y también supo «lanzarse hacia el fin en línea recta»; con la particularidad de que ambos lanzamientos, el de Soriano y el de Geley, son tan similares, tan iguales, que se confunden como dos gotas de agua. Ambos procedieron por inducción, y a los dos les está dando el análisis científico la confirmación de sus tesis. No en vano dijo el primero: «Para que la observación o estudio de cualquier cuestión sea exacta, verdadera y lógica, el sujeto observador debe desposeerse por completo de toda anterior creencia, de toda idea preconcebida, y marchar en línea recta por el camino que las inducciones analíticas y las deducciones sintéticas le marquen en su investigación. Porque la verdad no admite condiciones ni se somete a caprichos, y quien la busca, debe prepararse de antemano a aceptarla tal como se presenta, con todo su cortejo de legítimas y naturales consecuencias.»

Y Geley dice en el antepropósito con que encabeza su tarea: «Para apreciar en su valor esta doctrina, es útil, de momento, dejar a un lado toda idea anterior, filosófica o religiosa. El Espiritismo presenta, con efecto, una serie de contrastes salientes con los sistemas metafísicos o religiosos. Difiere de las religiones por la ausencia total de misticismo, no invocando ni revelaciones, ni sobrenaturalismo: no admite sino hechos experimentales, con las deducciones que de ellos se derivan. Se distingue igualmente de la Metafísica, rechazando todo razonamiento *a priori* y toda solución puramente imaginativa. No aspira a otra cosa que al título de ciencia, y se ofrece como una rama de la Historia Natural... Aun cuando la doctrina espírita no fuera sino una ilusión, sería una ilusión asaz original y asaz hermosa para llamar la atención de los pensadores y para merecer una discusión seria.»

Entrando en esa discusión, un solo capítulo le basta para resumir sintéticamente los elementos principales de la doctrina, haciendo resaltar desde el principio su carácter evolucionista, integral y progresivo.

Pasa a considerar los hechos, y después de hacerse cargo de los sabios que los han estudiado, de las condiciones en que se producen los fenómenos y del papel que en ellos tienen reservado los médiums, estudia aquéllos en sus dos categorías: la de los fenómenos que se producen en la persona misma del médium o a su contacto, y la de los que se dan fuera de él y sin contacto de su persona. Esta parte de la obra es fascinadora, tanto por la concisión y ajuste de la síntesis expositiva, como por la agudeza crítica de que el autor hace

alarde. Su parecer, es que las teorías anímica y espiritista son inseparables, y que los fenómenos que abarcan, cualquiera que sea su causa, están en oposición formal con el «mecanismo» y el materialismo neantistas.

El tercer capítulo lo consagra a las pruebas indirectas, y las aduce convincentes de que la doctrina espiritista está de acuerdo absoluto con todas las ciencias: con el transformismo, con la Astronomía, con la Física y la Química, con la Fisiología, con la Psicología teórica y experimental, con la Patología, con la Filosofía, con el hipnotismo y el sonambulismo y sus fenómenos..., acabando por considerar que el Espiritismo ofrece un campo neutral en el que pueden conciliarse el Materialismo y el Espiritualismo.

Las consecuencias que de esta doctrina infiere, es la transformación de las ideas religiosas, filosóficas, morales, sociales e individuales. La comparación entre el concepto tradicional y el nuevo sobre los destinos humanos, le sirve para poner de relieve que con este último quedan justificados el dolor y las desigualdades mentales, morales y sociales, y el bien como consecuencia necesaria de la evolución, siendo los primeros patrimonio de nuestros estados de amoralidad y agnoscia, y el último, producto del trabajo, del amor y del refinamiento ético. La influencia de este evolucionismo no puede dar por resultado sino la desaparición de las divisiones facticias entre los hombres, una cada vez más amplia y mejor sentida solidaridad, un mínimo de restricciones y de imposiciones, y un disfrute creciente de los goces del vivir.

«La moral nueva —dice— constituirá una ciencia cuyos principios serían rigurosamente deducidos de los conocimientos adquiridos sobre nuestros destinos. Como tal, su influencia será verdaderamente poderosa. Y como tal, también sacrificará sin compasión el revoltillo de prejuicios, de obligaciones facticias y de restricciones inútiles que llenan la moral tradicional, y que los hombres parece se han complacido en acumular, para atormentarse recíprocamente.

»Me he esforzado en examinar fielmente la parte esencial del Espiritismo —termina—, y lo he hecho sin idea preconcebida, aunque con cierta simpatía, que no trato de ocultar; pero esa misma simpatía me impide formalmente fijar conclusiones, temeroso de una ilusión posible por mi parte.

»Me contentaré con algunas reflexiones, que me parecen racionales.

»Los fenómenos espiritistas han sido observados por muchos testigos de excepción y comprobados por muchos sabios, para que puedan negarse *a priori*. Voy más lejos: nadie tiene derecho a rechazar, sin una contraexperimentación previa, las conclusiones experimentales de Crookes, Wallace, Zoëllner, Aksakoff, Oliver Lodge, Myers, Lombroso, Richet, de Rochas y tantos otros no menos ilustres.

»La doctrina espírita, justifíquese o no, es muy grandiosa para no imponer a los pensadores, a los filósofos y a los sabios, una discusión profunda.

»Gran número de entre ellos concluirán, seguramente, después de un examen serio de la cuestión, que una doctrina basada sobre hechos experimentales tan

numerosos y tan precisos, concordantes con todos los conocimientos científicos en las diversas ramas de la actividad humana, y que da una solución tan clara y tan satisfactoria a los grandes problemas psicológicos y metafísicos, debe ser verosímil; más aún: que debe ser verdadera, que es probablemente verdadera.

»No se trata ya de pagarnos con ilusiones, de dejarnos mecer por cantos de cuna, de soñar sobre la blanda almohada de la duda.

»Debemos saber. Queremos saber. Podemos saber.

»Esa doctrina tan bella, ¿es verdadera?

»La ciencia ha de decírnoslo. Podemos declararlo muy alto: la ciencia no puede, en nuestros días, desinteresarse de los estudios psíquicos.

»Que no haya en ellos sino ilusiones o quimeras, o que sean el prefacio de una transformación completa de la actividad humana, la ciencia nos debe una conclusión precisa a su respecto.

»Ningún sabio, ningún pensador, ningún hombre un poco elevado, puede desdeñar interesarse en esos apasionantes problemas.»

*

Después de lo que acaba de leerse, es muy probable que se crea que Geley era un incondicional del Espiritismo.

Y no, no es así.

Geley aceptaba la *existencia del alma*; pero distaba mucho de aceptar que *Dios predestina tal alma para tal*

cuerpo, o viceversa. «En el estado actual de nuestros conocimientos, no se puede admitir el materialismo puro ni el espiritualismo puro. Todo nos induce a creer que no hay materia sin inteligencia, ni inteligencia sin materia. En la molécula mineral, vegetal o animal; en la planta; en el animal; en el hombre; en el Universo considerado en bloque; en todo lo que es, en una palabra, materia e inteligencia, están unidas en proporciones diversas.»

Geley aceptaba la *inmortalidad del alma*; pero no andaba muy acorde con la *erraticidad* del espíritu. «Se comprende que la situación de los desencarnados sea muy diferente, según su elevación... En el hombre poco adelantado, el periespíritu no está todavía depurado. la conciencia es vaga y poco amplia. tiene los recuerdos confusos. El desencarnado comprende mal o no comprende del todo su situación. Se queda en el medio en que vivía y se esfuerza en cumplir maquinalmente los actos que acostumbraba al final de su existencia. Pronto aumenta su turbación; la reencarnación se opera. En un grado más elevado, el espíritu, después de la muerte, tiene una conciencia extensa, la memoria más o menos clara de sus últimas existencias, el conocimiento de los perfeccionamientos futuros. La reencarnación, hasta cierto punto, será libre, o por lo menos, consciente. Los seres un poco adelantados se esforzarán por reencarnar en las mejores condiciones para su desenvolvimiento. Ayudados por los consejos de los espíritus superiores, tendrán en cuenta, en lo posible, todas las circunstancias, sabrán prever los trabajos y las pruebas que tengan que sufrir y tomarán re-

soluciones firmes. En los espíritus superiores, la conciencia y la libertad están muy extendidas. Conocen su pasado y su porvenir dentro de límites muy amplios; no conocen obstáculos materiales y se trasladan de una a otra parte con la rapidez del pensamiento. Su periespíritu quintiesenciado, les parece resplandeciente. No habrán de tener reencarnaciones penosas y continuarán progresando en las fases sucesivas de existencias superiores.»

Geley aceptaba la *reencarnación*, no precisamente como premio ni como castigo, sino como consecuencia natural de la evolución. «Todo el Universo, en totalidad y en partes, está sometido a una evolución progresiva continua. Evoluciona el principio material y evoluciona el principio psíquico... En el curso de su evolución progresiva, el alma pasa por organismos de menos a más perfeccionados. Tiene, pues, una inmensa serie de encarnaciones y de desencarnaciones.»

Geley aceptaba la *persistencia de la individualidad*, no de la *personalidad*. «El alma guarda intacta su individualidad, gracias a su unión indisoluble con un organismo fluídico llamado cuerpo psíquico, cuerpo astral o periespíritu, que evoluciona con ella... La muerte es el abandono del cuerpo por el alma y su periespíritu.»

Geley aceptaba la *comunicación con los muertos*; pero no *toda comunicación*. «Para casi todos, el Espiritismo se reduce a prácticas extravagantes de necios o alucinados, que creen de buena fe conversar con sus deudos difuntos o recibir la visita de los grandes hombres que traspasaron el umbral...»

Geley, en fin, admitía un *yo real*, que no es, precisamente *el alma*. «...La conciencia normal de un ser encarnado, no constituye toda la individualidad pensante. De acuerdo con las ideas de la ciencia, la doctrina espiritista admite que la síntesis psíquica es mucho más extensa. El alma comprende una parte consciente y otra inconsciente, o mejor, subconsciente; ésta última mucho más importante que la primera. Y así ha de ser. Si se admite la teoría de las existencias múltiples, la subconsciencia ha de comprender una cantidad colosal de recuerdos velados momentáneamente, pero grabados en el periespíritu; mientras que la conciencia normal no comprende sino la noción de una conciencia más o menos vasta de ciertas facultades aportadas al nacer, más lo adquirido por la personalidad actual y la memoria de los hechos principales de la presente encarnación. Luego es inconcuso que la conciencia total, el *yo real*, producto de todos los progresos alcanzados, ha de ser muy superior al yo aparente en los seres adelantados.»

*

Que así se expresara Geley en su «Ensayo de revista general y de interpretación sintética del Espiritismo», no puede extrañarnos a los que luego hemos visto que en vez de zapatear en el polvo menudo de los hechos elementales, que obscurece y retarda indefinidamente la marcha ascensional, escalaba a saltos las cumbres, desde donde podía enseguida, después de

instruirse mediante una amplia mirada de conjunto sobre todo el dominio accesible, descender cómodamente y sin esfuerzo a explorar todos los rincones. Lo llevaba ya en sí; era una conquista que tenía hecha en idea y que fácilmente pudo traducir en actos.

Nuestro filósofo, nuestro poco más que inadvertido filósofo González Soriano, había dicho también, para que haya paridad entre él y Geley hasta en esto, que «el método hipotético o de construcción es bello y valiente; pero como establece verdades *a priori* y sin confirmación, conviene cuando de Metafísica se trata, iniciar como principio investigador, un análisis experimental que ante todo conduzca a la certeza y legitimidad de las ulteriores deducciones, fundamento y base de toda construcción». Y, como Geley, descendió también de las cumbres escaladas, para explorar todos los rincones de la psiquis. Era otro iniciado, otro genio.

La gran mayoría, la inmensa mayoría, no podemos seguir en su raudo vuelo a esos dos cóndores; pero podemos imitarles y tenemos el deber de imitarles. Si no escalamos a saltos las más empinadas cumbres, podemos escalar modestos altozanos; y con la gimnasia que en ello hagamos, y con el oxigenado ambiente que allí respiremos, y con las más dilatadas perspectivas que se nos ofrezcan, nos iremos vigorizando para el asalto y para no ser víctimas del vértigo de las alturas. El caso es empezar y perseverar sin impacencias ni desmayos. No es tarea que necesariamente hayamos de cumplir a plazo fijo: podemos invertir en ella los años y los siglos; pero interesa a nuestro bien no abandonarla ni

mirarla con apatía. Es nuestra obra, y nadie ha de hacerla por nosotros.

En la Humanidad todos somos maestros y discípulos: maestros de los que vienen detrás, discípulos de los que van delante. Este magisterio y este discipulado lo ejerceremos inconscientemente y aun automáticamente: es el ejemplo, con su acción sugestiva, quien nos los hace ejercer. El mérito estriba en saber elegir entre los ejemplos, y en tener a gala que los nuestros puedan recusarse por humildes, pero no por indignos. Quien llega a este grado, tiene expedito el camino que ha de conducirle al pináculo.

Esforcémonos por alcanzarlo tomando por modelos los que, como Geley y Soriano, son regueros de luz que iluminan la senda de nuestros destinos.

QUINTÍN LÓPEZ

PREFACIO DE LA TERCERA EDICIÓN FRANCESA

Hay libros que no necesitan prefacio, y éste es uno de ellos. El autor expresa en él su pensamiento con tal claridad, que todo comentario disminuiría el valor de estas líneas.

Otra razón me incita también a hablar aquí del autor de esta obra, del amigo ausente, del ilustre Doctor Geley, que escribió esta obra en una época ya lejana, en 1897, bajo el pseudónimo de Doctor Gyel.

Era el escritor distinguido, el gran sabio que yo habría de encontrar veinte años después.

Unidos por aspiraciones e ideas semejantes, resolvimos entonces intentar algo práctico y positivo, en el dominio de las ciencias psíquicas. Así fue cómo se instaló, en el año 1917, un laboratorio en la Avenida de Suffren. Y el ilustre Doctor Geley dio cuenta de sus

primeros trabajos en una conferencia que tuvo lugar en la Sorbona el 28 de Enero de 1918.

En 1919, vio la luz, en un hotel de la Avenida Niel, el *Instituto Metapsíquico Internacional*. De este modo se realizaba una de las grandes aspiraciones del ilustre Doctor Geley, que, nada menos que en el año 1905, en una sesión de la Sociedad de Estudios Psíquicos de Ginebra, había hecho adoptar un voto concerniente a la creación de un Instituto práctico de investigaciones psíquicas. Instituto bien organizado, bien dirigido y provisto de recursos suficientes.

Y... ¡Cuántas veces, a partir de entonces, expresó su alegría al ver realizado su viejo sueño de otros tiempos...! Poseyendo, hasta un grado inmenso, el sentimiento de su noble misión, se alegraba de disponer al fin de los medios que podían permitirle cumplirla, aunque a veces pasara por su alma la nube negra de la duda, algo así como el presentimiento de no poder acabar su obra. Sólo los que han estado a su lado, saben con qué ardor, con qué tenacidad, con qué fiel y alto amor de la Verdad, trabajó en la resolución de los problemas tan arduos de esta ciencia metapsíquica, todavía tan cercana a su propio nacimiento.

Todo su ser, toda su alma estaban impregnados de la impaciencia de hacer brotar la luz verdadera, de buscar y de poder separar los hechos verdaderos de los falsos. Delimitar la parte de la Verdad, y la de la ilusión; la sinceridad y la superchería. Dar una explicación racional a los hechos reconocidos como innegables, y deducir las consecuencias lógicas y filosóficas que de ellos se desprendieran. En una palabra, edifi-

car, en el antiguo lugar que ocupaban las prácticas de embrujamientos y de una ciencia sospechosa y oscura, el edificio blanco de una ciencia nueva, llena de claridad: éste fue el leal objeto, el ideal generoso que perseguía, infatigablemente, el Doctor Gustavo Geley.

Su obra, la obra que nos ha dejado es inmensa, y mundial su fama. Las obras que ha legado a la posteridad, son obras donde la ciencia se muestra aliada a la fe. Aunque, en realidad, en el pensamiento íntimo del autor de esta obra, la ciencia y la fe deben completarse mutuamente, y marchar, cogidas de la mano, en toda creación humana verdaderamente viva y fecunda.

A través de estas intensas páginas, Geley afirma la supervivencia con una lógica, una amplitud de miras y una elevación de espíritu tan grandes que impresionan hasta al más incrédulo, sobre todo dimanando sus afirmaciones y sus demostraciones de una tan alta autoridad y de un experimentador tan ilustre.

«Para el hombre verdaderamente superior, la muerte hace como estallar el círculo limitado en el cual la vida material había encerrado una conciencia que desbordaba, círculo de la profesión, de la familia, de la patria. El ser se encuentra empujado más allá de los pensamientos y los recuerdos habituales, de los amores y los odios, las pasiones y los hábitos.»

En la dilatada cadena de las existencias, una vida terrestre no tiene más importancia relativa que una jornada en el curso de esta existencia. Una vida, un día; el uno y la otra tienen, en la evolución, una im-

portancia comparable y una verdadera analogía. «Del Inconsciente al Consciente.»

Estaba verdaderamente convencido de la evolución humana en las vidas sucesivas. De su vida terrestre había guardado un profundo recuerdo, del que me ha hablado en muchas ocasiones. Yo ignoraba, sin embargo, que el 5 de Octubre, hubiera confiado sus recuerdos en un largo estudio dirigido al presidente del Instituto Metapsíquico Internacional, el profesor Santolíquido, que en la sesión conmemorativa de la muerte del llorado Director del Instituto nos leyó el siguiente documento:

ENSUEÑO O RECUERDO (1)

Mi primera infancia tuvo siempre la obsesión de una visión que tenía todos los caracteres de un recuerdo.

Esta visión, aunque atenuada más tarde, no se ha borrado jamás de mi espíritu, y aun en el momento actual, tiene para mí *el mismo valor de un hecho*.

Antes de describirla debo decir que está ligada a un recuerdo, éste cierto, desde luego, de las seis primeras semanas de mi existencia.

Durante estas seis primeras semanas de mi vida, mis padres vivían en la ciudad de Montceau-les-Mines, muy cerca de la línea del ferrocarril, que pasaba por delante de nuestra casa, y se marcharon de esta ciudad

(1) Reproducido *in extenso*.

para ir a vivir a Ginebra, cuando yo acababa de cumplir mes y medio.

Algunos años más tarde, al pasar yo ante una vía férrea, el recuerdo del camino de hierro que pasaba por delante de mi casa en Montceau, me venía a la imaginación constantemente, de un modo irresistible; yo, como es lógico, había contado esta reminiscencia a mis padres. Esto les había sorprendido, y con asombro confirmaron que, en efecto, nuestra casita de Montceau estaba situada al lado de la línea del ferrocarril.

Pero cuando yo les dije que la visión unida a este recuerdo, era anterior a nuestra estancia en Montceau, mis padres me contestaron, con todas las apariencias de la razón, que esto era completamente absurdo.

Para mí, sin embargo, la visión era clara y precisa. Se imponía a mi espíritu como un recuerdo indiscutible e indudable, aunque yo fuese incapaz de explicarme y de comprender este recuerdo.

La visión permaneció durante mucho tiempo como un enigma para mí, enigma en el que pensaba con frecuencia, hasta el día en que yo comencé a estudiar los fenómenos psíquicos.

Entonces pude darme cuenta, de golpe, espontáneamente, de que la visión objeto de mi enigma era el recuerdo de mi nacimiento, recuerdo que permaneció grabado para siempre en mi espíritu.

Demasiado sé la serie de objeciones que pueden hacerse a esta idea mía. Objeciones de todas clases, y que yo mismo me las hago. El razonamiento lógico, sin embargo, conduce a declarar que no se puede tra-

tar más que de un sueño, provocado por no sé qué incidente olvidado.

Sea. Pero mi impresión íntima, irresistible, es otra en absoluto. Yo creo, a pesar de todo, a pesar de mí mismo, en la realidad de un recuerdo.

Y una vez esto declarado, he aquí el hecho:

1º Yo me veo con toda claridad, como preparándome a partir para un largo viaje. Estoy rodeado de amigos que me dicen adiós. No recuerdo ningún rasgo en los rostros de estos amigos, ni tengo ningún detalle de su personalidad, ni recuerdo tampoco ninguno de *los pensamientos que hemos cambiado. Todos ellos están vestidos de blanco y yo también. Y todos estamos a plena luz* (1). Pero es preciso separarse; y todos ellos se acercan más a mí y me rodean.

2º Bruscamente, me parece que caigo en un precipicio oscuro, negrísimo. Me siento arrastrado como por un torbellino. Toda luz ha desaparecido. Me siento empujado, caigo, ruedo, irresistible y dolorosamente.

3º Después, bruscamente, veo luz, pero una luz vaga e incierta, indistinta. Experimento una impresión de hundimiento, de pena, de sufrimiento y dolor. Y, luego, olvido por completo todo lo que se sigue.

Esta tercera escena es muy corta y menos precisa que las otras dos.

(3 de octubre de 1916)

(1) Los detalles que subrayo, se han grabado con una intensidad particular en mi espíritu.

En 1924, la publicación de «Ectoplasma y Clarividencia» permitía a Geley agrupar y exponer una vez más los hechos sobre los que se apoyaban sus convicciones y su filosofía.

Al establecer la autenticidad de la ectoplasma y de la clarividencia, echaba, en esta obra capital, las bases de una filosofía idealista y racional. Los hechos que él menciona son ciertos: tarde o temprano, llegará un día en que no encontrarán oposición alguna. *Porque es evidente que no se puede luchar contra los hechos.* La interpretación general que el Doctor Geley ha dado a los hechos, no se presenta aún más que como un ligero esbozo, pero, como él mismo ha escrito en su maravillosa obra «Del Inconsciente al Consciente», su mérito es indicar, dejar entrever, al menos, lo que será un día, una vez acabado el monumento de la filosofía psíquica en la justa medida de sus proporciones, la armonía de su conjunto y su belleza integral.

Esta belleza, esta armonía, símbolo de Verdad, prometen más que una satisfacción del espíritu y del corazón; suponen más que una emoción científica o metafísica; una emoción profunda e intensamente religiosa, en toda la fuerza y con todo lo que reconforta el noble significado de este término.

La religión particular de los filósofos —ha dicho Averroes—, *es estudiar lo que es:* porque el culto más sublime que se puede tributar a Dios, es el reconocimiento de sus obras, conocimiento que nos lleva a conocerlo a él mismo en toda su realidad. Ésta es, además, a los ojos mismos de Dios, la más noble de las acciones, mientras que la acción más vil e innoble es la

de tachar de error y de vana presunción la que tiende a dar a la divinidad este culto más noble que todos los otros cultos; que lo adora por esta religión, la mejor de todas las religiones.

Y bajo la égida de estas bellas palabras yo recomiendo con confianza este volumen del amigo amado, a todos los creyentes, a los filósofos y a los sabios. Como sus otras obras inmortales, este libro tan interesante, «Ensayo de revista general y de interpretación sintética del Espiritismo», ilustrado con fotografías obtenidas en el Instituto Metapsíquico Internacional, se dirige a todos los que tienen el culto del Ideal Superior. Su difusión hará más viviente aún la memoria del hombre ilustre que fue arrebatado demasiado pronto a la afección de sus amigos, a la ciencia y a la Humanidad.

Sólo cuando pase mucho, mucho tiempo, se apreciará en todo su valor, por los hombres más inteligentes y superiores del porvenir, el valor del inmenso edificio espiritual del que la tenacidad de este investigador de la Verdad ha echado las bases.

JUAN MEYER

PREÁMBULO

Estas líneas son la exposición, hecha por un profano, de los principios elementales de la doctrina espiritista. Y digo por un profano, porque mi experiencia práctica del Espiritismo no es suficiente para convencer a nadie, ni siquiera para convencerme a mí mismo.

Lo que yo voy a intentar en este libro es una especie de «revista general» de una cuestión que ha entrado ya en el dominio científico, y que presenta en todo caso, cualquiera que sea la suerte que le reserve el porvenir, un gran interés.

Todo el mundo habla del Espiritismo; pero la verdad es que, quitado el pequeño grupo de iniciados, y los pocos sabios y filósofos que se han tomado la pena de estudiarlo, la masa, el vulgo, tiene una perfectísima, una completa ignorancia de esta rama de la ciencia de un interés tan apasionante.

Los unos no ven en él más que una religión nueva; y otros están aún en la lamentable fase de los principios de la nueva ciencia, en las explicaciones, poco menos que infantiles de los balbuceos del Espiritismo: alucinaciones, fenómenos inconscientes, crujidos de tendones, fraudes y trampas, etc., etc.

Para la inmensa mayoría de las gentes, el Espiritismo se reduce a prácticas bizarras de infelices o de alucinados, que creen de buena fe que hablan con sus parientes muertos o reciben la visita de grandes hombres desaparecidos del mundo de los vivos...

Pero, cuando se estudia el Espiritismo por primera vez, se experimenta una verdadera estupefacción: porque se ve entonces que los fenómenos espiritistas o llamados espiritistas se reducen, en suma, a unos cuantos tipos principales, de caracteres fijos y de gran precisión; que estos tipos de fenómenos están sólidamente establecidos y probados por el testimonio innegable de millares y millares de investigadores; que han sido escrupulosamente observados y comprobados, con todo el rigor de los métodos experimentales, por ilustres sabios de todos los países; y, en fin, que su negación, pura y simple, equivale hoy a una confesión de ignorancia.

Y con no menos sorpresa se ve entonces que estos hechos, estos fenómenos han sido el punto de partida y la base de una doctrina racional y verdaderamente científica; una filosofía a la vez muy sencilla, muy clara y muy bella.

Estos hechos y esta doctrina están extensamente expuestos en la literatura especial del Espiritismo, que

encierra numerosas obras de un valor insospechado y de un interés inmenso.

Yo voy a intentar, en este estudio, exponer estos hechos y esta doctrina de un modo claro y sucinto, e intentar también hacer una síntesis a la vez corta y completa, síntesis que no he encontrado en mis investigaciones sobre el Espiritismo.

Yo he escrito este pequeño trabajo, sin pretensiones, y con el único fin, al principio, de esclarecer y fijar mis propias ideas.

Después pensé que tal vez podría interesar a alguno de mis amigos.

En resumen, aun cuando la doctrina espiritista no fuera más que una ilusión (lo que yo no puedo admitir), es una doctrina demasiado original y demasiado bella para llamar la atención de los pensadores y merecer una seria discusión.

¡Cuántos sistemas filosóficos que han constituido la obsesión de muchísimas generaciones son, a nuestro criterio y bajo muchos aspectos, inferiores al Espiritismo!

Para apreciar en todo su valor esta doctrina, es preciso abandonar momentáneamente toda otra idea filosófica o religiosa que se tenga. El Espiritismo presenta, en efecto, una serie de contrastes intensos con los otros sistemas metafísicos o religiosos.

El Espiritismo difiere de las religiones por la ausencia total del misticismo, no invocando ni revelaciones ni *lo sobrenatural*. El Espiritismo sólo admite hechos experimentales, con las deducciones que de los mismos se desprenden.

También se distingue el Espiritismo de la Metafísica, rechazando todo razonamiento *a priori* y toda solución puramente imaginativa.

Sólo aspira al título de *Ciencia*, y a considerarse como una rama de la Historia Natural.

Y sólo en nombre de la ciencia aspira a dar, a despecho de los Brunetiere y los sub-Brunetieres, la clave de los grandes problemas.

El Espiritismo ha llegado a unir, sólo por deducciones científicas que han revolucionado todo el cúmulo de las viejas ideas y los viejos prejuicios, los dos adversarios al parecer irreconciliables que se llaman el Espiritualismo y el Materialismo, cuya vieja querella reposaba sobre un simple *malentendido*.

Y, en fin, última originalidad: el Espiritismo no tiene la pretensión, un tanto enfática, de las religiones y las filosofías, de explicarlo todo.

Es verdad que el Espiritismo admira la existencia de la Divinidad; pero no afirma nada sobre su naturaleza exacta y se contenta con hacer de ella el alma entera del Universo. «Definir a Dios —dice excelentemente el ilustre León Denis (1)— sería limitarlo, circunscribirlo y casi negarlo.»

El Espiritismo afirma que nuestra alma subsiste a la destrucción de nuestro organismo, de nuestra materia, del mismo modo que ya preexistía antes de nuestro nacimiento en la Tierra —que nuestra alma está so-

(1) León Denis, «Después de la muerte».

metida a la gran ley de la evolución progresiva—; pero reserva prudentemente la cuestión del principio y del fin. ¿Somos una parte integrante, una parte *exteriorizada* o una creación pura y simple de la Divinidad...? ¿Cuál será el término de la evolución y esta evolución tendrá a su vez un término...?

Todo esto será claro para nosotros —dice el Espiritismo—, cuando llegemos a un estado superior.

Por el momento, sus enseñanzas nos impedirán perdernos por los intrincados caminos de la Metafísica, o de petrificarnos en las lianas paralizantes de las religiones. El Espiritismo no aspira más que a arrojar un poco de luz en nuestra ruta, alumbrándonos por delante y por las huellas de nuestro paso.

En el curso de nuestra evolución progresiva —dice—, una sola existencia terrestre no significa más que un instante insignificante.

Encerrar toda nuestra vida material e intelectual en la duración media de medio siglo pasado sobre nuestro planeta, es tan infantil como el pensamiento de los antiguos, que creían que la Tierra era todo el Universo.

Pero nuestra existencia no puede comprenderse considerándola desde este punto y bajo este aspecto tan mezquino; intentar hacerlo, sería tan insensato como intentar conocer o comprender un libro leyendo una sola línea de una página abierta al azar. Pero tomémonos la molestia de leer algunas páginas antes y después del sitio por el que lo hemos abierto, y entonces podremos adivinar en gran parte el sentido general de la obra.

Y una vez dicho esto, ya no debemos preocuparnos más ni del prefacio de este libro, ni de la conclusión... ni siquiera del autor mismo.

Dos observaciones importantes, antes de empezar este estudio:

1º Yo no trataré en él más que de la gran doctrina del Espiritismo evolucionista, sin ocuparme de las pequeñas doctrinas divergentes, que no tienen importancia alguna ni desde el punto de vista científico, ni desde el punto de vista filosófico.

2º La palabra *Espiritismo*, en el curso de este estudio, designará siempre el conjunto de la doctrina (teoría, hechos y consecuencias), y no solamente la cuestión de las relaciones entre los vivos y los muertos.

LA DOCTRINA ESPIRITISTA

Elementos principales de la doctrina espiritista. – Negación de la inteligencia sin la materia. – Negación de la materia sin la inteligencia. – Evolución progresiva del alma. – Encarnaciones y desencarnaciones. – Pluralidad de las existencias. – El cuerpo psíquico o pro-espíritu. – Causas y consecuencias de la evolución del alma. – Papel de las emociones, de las sensaciones y del libre albedrío. – Las encarnaciones de los diversos mundos. – Estudio de las fases de la encarnación. – El cuerpo. – El pro-espíritu. – El alma. – El pro-espíritu evoluciona en el alma. – Acción del pro-espíritu sobre el cuerpo, y del cuerpo sobre el pro-espíritu. – La exteriorización del pro-espíritu. – El alma es una síntesis compleja de elementos diversos. – Conciencia y subconciencia. – Herencia y vidas anteriores. – Los olvidos aparentes. – El yo real. – Los elementos de la subconciencia puestos en evidencia por ciertos estados patológicos, hipnóticos o derivados del médium. – Estudio de las fases de la desencarnación. – La desencarnación es un proceso de síntesis. – La encarnación es un proceso de análisis.

LA DOCTRINA ESPIRITISTA

Para los verdaderos creyentes en la doctrina espiritista, ésta es una ciencia positiva, basada sobre el estudio experimental de los fenómenos psíquicos y las enseñanzas de los espíritus elevados.

Ciencia perfectamente dúctil y apta de ser perfeccionada, no debe de avanzar más que paso a paso, rechazando las deducciones lejanas y las observaciones demasiado apresuradas y dudosas, y limitándose a exponer los hechos y los puntos bien establecidos.

Estos puntos son los siguientes:

1º Nosotros no podemos, en el estado actual de nuestros conocimientos, admitir ni el Materialismo ni el Espiritismo puros. Todo nos induce a creer que *no hay materia sin inteligencia, ni inteligencia sin materia*. En la molécula mineral, vegetal o animal; en la planta,

en el animal, en el hombre; en el espíritu desencarnado, incluso en el más elevado, en el Universo, considerado en su conjunto, en una palabra, en todo cuanto existe, la materia y la inteligencia están unidas en proporciones diversas.

2º Todo el Universo, lo mismo si se le considera en su totalidad, que si se le considera por partes aisladas, está sometido a *una evolución progresiva continua*.

Teniendo en cuenta que hay evolución para el principio material y evolución para el principio psíquico.

Esta doble evolución es homogénea. La una no puede verificarse sin la otra. En la base de la evolución, el alma es un simple elemento de vida, una inteligencia que será poderosa con el tiempo. Es la llamada *fuerza difusa*, que asocia y mantiene las moléculas minerales en una forma definida.

En el período de la madurez de la evolución, el alma es *un principio viviente, consciente y libre*, que no conserva de su asociación a la materia más que el mínimo de aspecto orgánico, lo estrictamente necesario para conservar su individualidad.

3º En el curso de su evolución progresiva, el alma pasa a través de organismos cada vez más perfeccionados. De este modo sufre una serie infinita de *encarnaciones y desencarnaciones*.

La memoria de los estados precedentes, dormita en el fondo del alma más o menos durante cada encarnación, para reaparecer después de la muerte, tanto

más extendida e intensa cuanto que el ser está más avanzado.

4º El alma, en efecto, guarda intacta su individualidad, gracias a *su unión indisoluble con un organismo fluídico*, llamado cuerpo psíquico, cuerpo astral o pro-espíritu, y que evoluciona con ella.

El pro-espíritu es el principio intermediario entre la materia y el espíritu. Es *la fuerza necesaria*, que tiene un triple objeto:

Mantener indestructible e intacta la individualidad.

Servir de *subsabstractum* al cuerpo durante la encarnación.

Y ser el medio de unión entre el alma y el cuerpo, para la transmisión recíproca de las sensaciones y de las órdenes de la voluntad.

La muerte es, sencillamente, el abandono, hecho por el alma y el pro-espíritu, del cuerpo, igual que se abandona un vestido viejo.

El nacimiento no es más que la toma de posesión de un organismo nuevo, para la progresión continua del ser.

De modo que la Historia Natural del ser viviente debe comprender, por lo tanto los siguientes puntos:

- a) Causas y consecuencias de la evolución en el sentido orgánico y en el sentido psíquico.
- b) Las fases de la encarnación.
- c) Las fases de la desencarnación.

Consideremos ahora sucesivamente estos tres puntos:

CAUSAS Y CONSECUENCIAS DE LA EVOLUCIÓN

No es éste el lugar de hablar ahora de las condiciones de la evolución orgánica, tales como: influencia del medio ambiente, lucha por la vida y selección natural.

Estas condiciones presiden igualmente, como puede suponerse, a la evolución anímica, al menos en sus fases inferiores.

La evolución del cuerpo y del alma se hacen la una con y para la otra. En efecto, las necesidades orgánicas y las sensaciones necesitan el ejercicio continuo, y, por consiguiente, el desenvolvimiento de nuestras facultades conscientes o instintivas. Y, recíprocamente, el ejercicio cada vez más extenso de nuestras facultades, trae consigo el perfeccionamiento de nuestros órganos materiales.

El sufrimiento y el placer físicos no sirven solamente, pues, para asegurar la conservación y la transformación progresiva del organismo; el alma se desvela y madura así, poco a poco, en la lucha por la vida, por los dolores y las penas que necesita la existencia material, como también por los extraños placeres que la vida lleva consigo.

La evolución anímica tiene su causa primera en el trabajo que necesitan las satisfacciones de nuestras necesidades corporales, el esfuerzo para huir del dolor, y el esfuerzo también para buscar las sensaciones gratas, esto es, el placer en todas sus formas.

A las *sensaciones* vienen a juntarse, en el ser verdaderamente superior, las *emociones*, y luego, el libre ejercicio de la voluntad.

Para el hombre elevado, el papel de las sensaciones es una cosa completamente secundaria.

La evolución psíquica se hace, sobre todo, por la influencia de las emociones, por la cultura intelectual y moral, por el desenvolvimiento consciente de las facultades y el ejercicio de la libertad moral; teniendo en cuenta que la conciencia y la libertad moral son siempre proporcionales al grado de avance del individuo.

Pero llega un momento en que el cuerpo no puede servir ya al perfeccionamiento del alma, o incluso llegaría a ser un obstáculo para ese perfeccionamiento.

En efecto, la sensibilidad física y moral, suficientemente desarrollada, es incompatible con las condiciones miserables de la existencia terrestre; condiciones

que hacen sufrir al individuo tanto más cuanto mayor es su grado de perfeccionamiento y elevación (como, por ejemplo, cuando un hombre logra sobrepasar, en su evolución, el nivel medio de la mayoría de la Humanidad terrestre).

De este modo, cuando los trabajos y los sufrimientos han trabajado convenientemente la individualidad pensante de un ser, los mundos superiores están abiertos a su actividad.

Las encarnaciones tienen lugar, desde entonces, en los planetas más avanzados (1) donde el mal, medida de la inferioridad de los seres y de los mundos, y condición necesaria para su perfeccionamiento, se encuentra considerablemente reducido, y donde la libertad consciente del *yo* sufre menos la influencia del organismo material, y donde, en fin, la felicidad resulta necesariamente de la doble condición siguiente cada vez más realizada:

Aumento del campo de la conciencia, de las facultades intelectuales, morales, afectivas y sensitivas; disminución del mal.

El ser viviente, pues, para la doctrina espiritista, no es esta personalidad efímera de las doctrinas materialistas, que sale de la nada para volver a entrar en ella casi inmediatamente, sufriendo esta existencia terrestre sin comprenderla. Es, al contrario, una individualidad indestructible, siguiendo, *por sus propios esfuerzos*, en una inmensa serie de encarnaciones y de

(1) Es posible que no sea sobre la Tierra exclusivamente donde se verifiquen encarnaciones inferiores.

sencarnaciones, la evolución progresiva que debe liberarle de las sujeciones materiales y darle conciencia, libertad, amor y dicha.

LA REENCARNACION

El cuerpo es un instrumento que se utiliza para experimentar y aprender. El alma es el espíritu que se encarna en el cuerpo para experimentar y aprender. El alma es el espíritu que se encarna en el cuerpo para experimentar y aprender. El alma es el espíritu que se encarna en el cuerpo para experimentar y aprender.

sencarnaciones, la evolución progresiva que debe liberarle de las sujeciones materiales y darle conciencia, libertad, amor y dicha.

LA REENCARNACION

El cuerpo, el pro-cuerpo y el alma.
El alma es el principio de la vida.
El cuerpo es el instrumento de la vida.
El pro-cuerpo es el instrumento de la vida.
El alma es el principio de la vida.
El cuerpo es el instrumento de la vida.
El pro-cuerpo es el instrumento de la vida.

LA ENCARNACIÓN

Consideremos ahora el ser viviente durante una fase de la encarnación.

Todo ser encarnado presenta tres elementos que considerar:

El cuerpo, el pro-espíritu y el alma.

EL CUERPO

Dejemos a un lado lo que concierne al cuerpo, y hagamos solamente la salvedad de que la doctrina espiritista está perfectamente de acuerdo con la teoría científica generalmente admitida, que dice que cada célula es un ser elemental.

EL PRO-ESPÍRITU

El cuerpo astral o pro-espíritu tiene en la doctrina espiritista una importancia capital.

Constituye, como antes dijimos, el principio intermediario entre la materia y el espíritu; el medio de unión entre el alma y el cuerpo, la condición necesaria para las relaciones entre lo moral y lo físico.

Está compuesto de la quinta esencia de los elementos combinados de las encarnaciones anteriores. Evoluciona y progresa con el alma y es tanto más *sutil* y tanto menos *material* cuanto más elevado y perfecto es el individuo.

El pro-espíritu asegura la conservación de la individualidad, fija los progresos ya conseguidos, sintetiza, en una palabra, el estado de avance del ser.

Sirve de molécula, de *subabstractum* orgánico para toda nueva encarnación. Condensándose en el

embrión, agrupa en un orden dado las moléculas materiales y asegura el desenvolvimiento normal del organismo. Sin el pro-espíritu, el resultado de la fecundación no sería más que un tumor informe.

El pro-espíritu asegura también el sostenimiento del cuerpo y sus reparaciones, en un orden idéntico, durante la perpetua renovación de las células. (Sabido es que el cuerpo se transforma por completo en el espacio de algunos meses. Sin la fuerza misteriosa del pro-espíritu la personalidad del ser variaría constantemente en cada uno de estos cambios.)

Al mismo tiempo que contribuye a formar el cuerpo, el pro-espíritu se modifica en una pequeña proporción durante la encarnación, como consecuencia de los elementos nuevos que le aportan los gérmenes orgánicos; y como consecuencia, sobre todo, de los progresos efectuados por esta encarnación.

El pro-espíritu no está estrechamente aprisionado en el cuerpo del encarnado; irradia más o menos fuera de él, según su pureza (1). (Esta irradiación constituye lo que se llama el Aura.) Incluso puede, a veces, aunque en poca proporción, separarse momentáneamente del encarnado, al que queda unido sólo por ligero fluido.

(1) Ver: «Efluvios ódicos», de Reichenbach, prefacio de M. de Rochas. (París, 1893, Flammarion, editor.)

«Anales de las ciencias psíquicas», 1894, estudio de M. de Rochas sobre la *Objetividad de los efluvios*.

Ver también las investigaciones del Doctor Baraduc sobre *La fuerza vital*, y las de M. Boirac.

En este estado de desencarnación relativa, el ser puede darse cuenta de acontecimientos ocurridos lejos de él, y dar muestras de poseer facultades anormales. Si, en su éxodo, el pro-espíritu arrastra con él moléculas materiales en gran número, podrá obrar a distancia e incluso ejercer cierta influencia sobre la vista o los otros sentidos de las personas que encuentre en su camino. En este caso representa exactamente lo que se llama en términos espiritistas el *doble* del cuerpo encarnado.

En la inmensa mayoría de los casos, la exteriorización del *doble* se acompaña de un estado particular del ser encarnado, llamado *trance*, que presenta mucha semejanza con la hipnosis profunda. Durante este estado de *trance*, la personalidad normal es inconsciente. Y al despertar, por regla general no se recuerda nada (1).

Las personas capaces de este desdoblamiento de la personalidad, constituyen lo que se llama los *médiums*, es decir, que sirven de intermediarios entre los desencarnados deseosos de comunicarse con nosotros y nosotros mismos. Estos *médiums* prestan a los desencarnados el fluido vital y los elementos materiales dejados libres por el éxodo parcial de la fuerza pro-espiritual.

Téngase en cuenta que hasta ahora hablamos del cuerpo y del pro-espíritu. Ahora vamos a estudiar la situación del alma durante la encarnación.

(1) Léase el «Estudio experimental», de M. de Rochas, sobre los *Fantasmas vivientes*. («Anales de las ciencias psíquicas», 1895.)

EL ALMA

De acuerdo con las teorías modernas de la Psicología, la doctrina espiritista considera la personalidad pensante, no como una entidad simple, sino, al contrario, como una síntesis muy compleja (1).

Esta síntesis comprende numerosos elementos, que pueden agruparse en dos categorías:

1º *Elementos adquiridos en las encarnaciones anteriores.*

2º *Elementos adquiridos en la encarnación actual.*

1º «Elementos adquiridos en las encarnaciones anteriores.»

Estos son:

(1) Ver Janet: «Automatismo psicológico».

A) «El recuerdo de las personalidades pasadas», y el conocimiento de todos los hechos importantes de las existencias sucesivas.

Estos elementos no están en la conciencia normal. Olvidados en apariencia, son conservados íntegramente por el pro-espíritu.

B) «La conciencia total», es decir, el producto de los progresos realizados desde el comienzo de la evolución.

Es la parte esencial de la *individualidad*, la que constituye su verdadero grado de avance y perfeccionamiento; el *yo real*, que la *personalidad* actual oculta más o menos, que toda encarnación nueva disimula momentáneamente por los elementos que lleva consigo.

2º «Elementos adquiridos en la encarnación actual.»

Los elementos nuevos vienen:

A) «De la herencia.»

La herencia es doble: *física* y *psíquica*.

La herencia física es evidente y muy importante puesto que de ella depende en parte el buen estado del instrumento orgánico.

La herencia psíquica no es probablemente más que una ilusión. Es indirecta y resulta de la conformación del cerebro, semejante, materialmente, al de los padres.

Por otra parte, es evidente que no hay ninguna asimilación posible entre la herencia física, casi siempre

muy clara y terminante, y la herencia intelectual y moral, casi siempre ausente en absoluto.

B) «De las condiciones materiales.»

No hay necesidad de insistir aquí sobre la importancia inmensa que tienen las condiciones materiales, para el ejercicio de nuestras facultades. El medio ambiente (riqueza, miseria, educación, ejemplos, etc.) juega también un papel importantísimo en el desenvolvimiento de la conciencia.

C) En fin, y sobre todo, las adquisiciones nuevas vienen de nuestros esfuerzos, de la experiencia de la vida diaria, de la lucha por la vida, *de las sensaciones y las emociones, del ejercicio de nuestra libertad moral.*

Tales son los elementos que constituyen la personalidad pensante de un ser encarnado.

Ya se comprenderá que varían mucho, como importancia inmediata en cada individuo, y que son difícilmente analizables. Así por ejemplo, se comprenderá que un organismo defectuoso podrá momentáneamente impedir el estado de avance del ser; o bien, que un espíritu relativamente inferior tendrá algunas facultades brillantes, por el hecho sólo de un organismo perfeccionado (1).

Por lo que precede se ve claramente que *la conciencia normal de un ser encarnado no constituye toda su individualidad pensante.* De acuerdo con las teorías

(1) Un buen criterio para juzgar el grado de elevación de un ser, es comprobar su capacidad más o menos grande para comprender las ideas generales. Según sus ideas generales, se podrá apreciar perfectamente el nivel intelectual de un individuo.

de la ciencia, la doctrina espiritista admite que la síntesis psíquica es mucho más extensa.

El alma comprende: *una parte consciente y una parte inconsciente*, o más bien, *subconsciente*.

Esta última es, sin duda alguna, la más importante.

En efecto, admitiendo la teoría de las existencias múltiples, la parte subconsciente del alma comprendería una serie infinita de recuerdos velados momentáneamente, pero grabados en el pro-espíritu. La parte subconsciente comprendería entonces la conciencia total, el *yo real*, producto de todos los progresos pasados y *muy superior*, «en los seres avanzados (1)», a su *yo aparente*.

La conciencia normal, por el contrario, no comprende más que la noción de una inteligencia más o menos vasta y de ciertas facultades apartadas al nacer; y además, luego, lo que se llama la personalidad actual y la memoria de los hechos principios de la presente encarnación.

Los elementos de la subconsciencia pueden ser puestos en evidencia *por ciertos estados hipnóticos, de médiums o simplemente patológicos*. Entonces se puede ver al ser manifestarse en una de sus personalidades anteriores, o bien mostrar facultades y dar prueba de conocimientos absolutamente ignorados de su conciencia normal.

Véase, pues, de qué modo la doctrina espiritista explica con toda claridad la complejidad de nuestro

(1) Pero en los seres avanzados solamente.

ser pensante, la extensión de la subconciencia y los desdoblamientos de la personalidad; enigmas verdaderamente insolubles si no se admitieran las existencias anteriores (1).

(1) Véase en los «Anales de las ciencias psíquicas», 1897, el notable estudio de M. Myers titulado: «De la conciencia subliminal.» El autor deduce que los fenómenos de la subconciencia, tomados independientemente del Espiritismo, «apoyan fuertemente la hipótesis de un alma preexistente y superviviente».

Nota de la presente edición: Véase Flammarión, «La muerte y su misterio», Delanne, «La Reencarnación».

LA DESENCARNACIÓN

A la muerte, el alma, revestida de su cuerpo astral, abandona el cuerpo material. Y después de un período de dudas, de dolores, de intensidad y duración variables, acaba por tomar conocimiento de su nuevo estado.

¿Y en qué consiste este nuevo estado...?

Nosotros no podemos hacernos más que una ligera idea de ello, y esto por dos razones:

1º Porque las condiciones de nuestra vida material difieren de tal manera de las de la vida espiritual, que nos es casi imposible comprender esta última.

2º Porque las contradicciones de los desencarnados sobre este punto, son a menudo contradictorias y confusas. (Ya veremos después la razón de este fenómeno.) En efecto, es muy raro y difícil obtener informaciones de los espíritus elevados que han abandonado definitivamente nuestra Humanidad inferior.

He aquí, no obstante, lo que creemos saber:

El estado de desencarnación constituye una especie de producto sintético de los elementos diversos de las personalidades anteriores.

La diversidad deja su sitio a la unidad.

Ya no existen órganos diversos, múltiples, sino un organismo homogéneo, fluídico, el pro-espíritu.

Ya no existen tampoco sentidos especiales, sino un sentido único, condensándolos a todos y generalizado por toda la superficie del pro-espíritu.

Ya no existen, en fin, diversas facultades, sino una sola facultad que las abraza a todas: es *la conciencia*, más o menos extendida y más o menos libre.

Y por último, no existe más que un fenómeno para las emociones, que permite comprender y apreciar, más o menos, la verdad, la belleza y el bien.

En resumen: el espíritu desencarnado está provisto de un organismo homogéneo, con un sentido único. Disfruta de una extensión variable de conciencia, de libertad y de amor (el amor, bien entendido, estando aquí empleado en un sentido amplísimo, o, mejor aún que *amor, capacidad afectiva y emotiva*).

Por consecuencia, si comparamos las dos fases sucesivas de la existencia del ser, diremos:

La desencarnación es un proceso de *síntesis*, síntesis orgánica y síntesis psíquica.

La encarnación es un proceso de *análisis*. Es la subdivisión de la conciencia en facultades diversas, y del sentido único en sentidos múltiples, para facilitar su ejercicio y conducir a su desenvolvimiento.

Se comprende que la situación de los desencarnados sea muy diferente según su elevación.

En los seres inferiores el pro-espíritu es muy grosero, muy material. El estado psíquico es muy obscuro, porque la privación de los sentidos orgánicos equivale para el ser a una semi-inconsciencia.

La reencarnación es rápida; y es rápida porque el alma aspira a poder obrar de nuevo libremente.

En los animales superiores, en el hombre poco avanzado, el pro-espíritu no se encuentra purificado; la conciencia es vaga y poco extensa, los recuerdos confusos e indistintos. El desencarnado comprende mal o no comprende absolutamente nada de su nueva situación. Permanece en el medio en que vivía y se esfuerza a menudo en cumplir todos los actos y los menesteres que ejecuta al final de su existencia. Pero pronto aumenta el obscurecimiento de la conciencia: es que se opera la reencarnación.

En un grado más elevado, el espíritu después de la muerte tendrá ya una conciencia extensa, la memoria, el recuerdo más o menos exacto de sus últimas existencias, el conocimiento de los perfeccionamientos futuros. La reencarnación será una cosa hasta cierto punto libre y en todo caso consciente (1).

Los seres un poco avanzados se esforzarán, como es lógico, en reencarnar en las mejores condiciones

(1) Es necesario que haya siempre una asimilación posible, al menos desde el punto de vista orgánico, entre el estado de avance del desencarnado y el de sus futuros padres.

para su futuro desenvolvimiento. Ayudados por los consejos de los espíritus superiores, tendrán en cuenta, en la mayor medida posible, todas las circunstancias, sabrán prever los trabajos y las pruebas que tendrán que sufrir en la nueva reencarnación, y tomarán firmes resoluciones.

En los desencarnados superiores, la conciencia y la libertad están muy desarrolladas. Conocen su pasado y su porvenir en una extensión infinita. No conociendo los obstáculos materiales, se transportan con la misma rapidez del pensamiento. En una palabra, su proespíritu quintaesenciado, les hace aparecer resplandecientes.

No teniendo que sufrir penosas reencarnaciones, pueden continuar elevándose sucesivamente, indefinidamente, de progreso en progreso, en las sucesivas fases de las existencias superiores.

Pero cuando la razón del más indolente vacila, cuando se ve la lenta y silenciosa décadencia, hombres de ciencia y artistas de todos los países que han profesado o profesan la religión cristiana, habiendo compartido los hechos de la fe y sus consecuencias...

La filosofía del Espiritismo moderno, siempre en una serie respetable de verdades. Yo me ocuparé aquí de hacer una breve exposición de los puntos de...

LOS HECHOS

Los sabios que han estudiado los hechos. – Condiciones para la producción de los fenómenos. – Los médiums y su papel. – Dos categorías de hechos: su enumeración y su descripción. – Explicación de los hechos por la doctrina espiritista. – Del contenido intelectual de las comunicaciones y de su interpretación. – La teoría anímica. – Su acuerdo perfecto con el Espiritismo. – Las dos teorías son inseparables la una de la otra. – Los fenómenos de médiums cualquiera que sea su naturaleza y su causa real, están en oposición formal con el mecanismo y el materialismo de la nada. – Ocultismo y Teosofía.

LA DOCTRINA ESPIRITISTA

El movimiento espiritista moderno, se inició en realidad a mediados del siglo pasado.

Nacido en América, se extendió en pocos años por el mundo entero.

La persistencia y la fuerza de este movimiento, en una época de escepticismo como la nuestra, hacen ya reflexionar mucho.

Pero cuando la razón del más incrédulo vacila, es cuando se ve la lista interminable de sabios, hombres de ciencia y artistas de todos los países que han profesado o profesan la religión espiritista, habiendo comprobado los hechos luego de larga y concienzuda experiencia.

La historia del Espiritismo moderno, ocuparía ya una serie respetable de volúmenes. Yo me limitaré aquí a hacer una parca enumeración de los sabios ilus-

tres que han contribuido, con su testimonio favorable, al esclarecimiento de nuestra doctrina, y que han hecho investigaciones metódicas para probar el Espiritismo.

Lo primero que hemos de manifestar, es el hecho de que *ni un solo hombre de ciencia ha negado la realidad de los fenómenos espiritistas* luego de un estudio, por poco profundo que haya sido éste. Por el contrario, son muchos los que, habiendo empezado el estudio de nuestra ciencia con un escepticismo completo, han acabado siendo espiritistas entusiastas.

En Francia, Allan Kardec fue el primero que estudió ampliamente los fenómenos y estableció los elementos esenciales de la nueva doctrina.

Los principales estudios metódicos del Espiritismo hechos por los sabios o grupos de sabios, son los siguientes (1):

Las investigaciones experimentales, hechas con ayuda de instrumentos de precisión por el profesor Robert Hare, de Filadelfia, de 1851 a 1854.

Los experimentos del conde de Gasparin, en 1854.

Los trabajos de la Sociedad Dialéctica de Londres, en 1869.

Los estudios de W. Crookes, sobre la *fuera psíquica*, los movimientos sin contacto y las materializaciones, de 1870 a 1874.

Las numerosas investigaciones de R. Wallace.

(1) Véase la obra de M. Erny, titulada: «Psicologismo experimental», de donde nosotros hemos tomado muchos datos para escribir el presente libro.

Las del astrónomo Zoëllner, que le llevaron a descubrir una cuarta dimensión de la materia.

Las de Aksakoff y del profesor Gibier.

Las del señor Donald Mac-Nab, en 1888; las de M. Pelletier, en 1891 y las del Doctor Paul Joire, en 1895.

Los experimentos recientes, muy numerosos, hechos con la *médium* napolitana Eusapia Paladino, y llevados a cabo por grupos de sabios, muy numerosos, de Nápoles, Milán, Roma y Varsovia, y, por último, en Francia, por MM. Richet, Sabatier, de Rochas, Dariex, de Gramont, Maxwell, de Watteville, etc., etc.

Entre los principales sabios que afirman la autenticidad de los fenómenos, podemos citar:

En Inglaterra:

Los profesores de Morgan, Grégory; los doctores Chambers, Lockhart-Robertson; el profesor Oliver Lodge (1) de la Sociedad Real de Londres; el profesor W.O. Barret de Dublín; MM. Chalis y Myers, profesores ambos de la Universidad de Cambridge; A. Russel Wallace, el ilustre naturalista, émulo de Darwin; William Crookes; M. Varley, etc., etc.

En Alemania y Austria:

El profesor Zoëllner; el Doctor Carl du Prel, de Munich; el Doctor Ciriax; los profesores Ulrici, Weber, Fechner, de Leipzig; Sohrenck-Notzing, etc., etc.

(1) Véase la interesante obra «La evolución biológica y espiritual del hombre», de Sir Oliver Lodge, traducida también por Guardiola.

En Suiza:

El Doctor Perty, de Berna; MM. Metzger, Flournoy de Ginebra.

En Suecia:

Los doctores Tarneboem y Esland.

En Rusia:

Aksakoff; los profesores Boutlerow y Wagner; M. de Bodisco; el Doctor Ochorovies, etc., etc.

En Italia y España:

Lombroso; el profesor Otero; M. Schiaparelli, director del Observatorio astronómico de Milán; MM. Ermacora y Finzi; los profesores Brofferio y F. de Amicis; etc., etc.

En Francia:

El Doctor Paul Gibier; actual director del Instituto Pasteur de Nueva York; el eximio Flammarión, gloria de la Astronomía; el profesor Richet; el Doctor Dariex; M. de Rochas, administrador de la Escuela Politécnica; el profesor Sabatier, de Montpellier; el Doctor Segard, médico principal de la Marina, etc., etc.

Al terminar esta lista, muy incompleta, desde luego, voy a citar algunas reflexiones muy sugestivas, de experimentadores, que escépticos al principio, acabaron siendo firmes creyentes en la doctrina espiritista:

«Pocos sabios ha habido en el mundo tan incrédulos como yo en las doctrinas llamadas espiritistas; para

Eusapia Paladino, puedo afirmar sin énfasis la plena veracidad de los fenómenos observados.» (El profesor E. Amicis, de la Universidad de Nápoles.)

«No he tenido más remedio que considerar como demolido todo el edificio de mis convicciones filosóficas, a las cuales había consagrado una gran parte de mi vida.» (El Doctor Masucci.)

«Hasta la época en que tuve la ocasión de encontrarme por primera vez en presencia de los hechos del Espiritismo, yo era un materialista redomado... Era un escéptico, un materialista tan completo que no podía por entonces ni siquiera concebir una existencia espiritual... Los hechos, sin embargo, son algo indudable, irrefutable... Acabaron por convencerme. Me obligaron a aceptarlos *como hechos*, mucho antes de que yo pudiera admitir la explicación espiritista. Por aquel entonces aún no había en mi pensamiento lugar para dar cabida a semejante orden de ideas. Pero poco a poco, la misma evidencia maravillosa de los hechos, se fue creando un sitio en mi pensamiento...»

Más adelante, el autor añade que fue «impulsado primero a creer en la existencia de una infinidad de inteligencias extrahumanas, de varios grados, y luego a creer en la facultad, propia de ciertas inteligencias, de producir y tener el poder a la vez de acción y materia, influenciando nuestros pensamientos...» (R. Wallace: «El moderno Espiritismo».)

Entre las obras más recientes que podemos consultar, citaremos:

1º *Para la parte experimental:*

De Rochas.— «Exteriorización de la fuerza motriz.»

Metzger.— «Ensayo de Espiritismo científico.»

Erny.— «Psicologismo experimental.» (1)

Doctor Gibier.— «Espiritismo o Faquirismo occidental.»

Aksakoff.— «Animismo y Espiritismo.»

«Un caso de desmaterialización parcial.»

Delanne.— «El fenómeno espiritista.»

Igualmente se podrán consultar con provecho los estudios, más antiguos, de Crookes, «Investigaciones sobre los fenómenos espiritistas», y los de Wallace, «Milagros y Espiritismo moderno».

2º *Para la parte teórica:*

Doctor Gibier.— «Análisis de las cosas.»

León Denis.— «Después de la muerte.»

Delanne.— «Evolución anímica.»

«El Espiritismo ante la ciencia.»

(1) Véase en los «Anales de las ciencias psíquicas» (número de Abril de 1897), la respuesta de M. Eray al artículo de M. E. Faguet, publicado en la «Revista Azul» (13 de Marzo de 1897). Entre las revistas más especialmente literarias que no han desdeñado ocuparse de cuestiones de Espiritismo, podemos citar: «El Mercurio de Francia», «La Revista del siglo» (artículo *Una frontera comprobada*, número de Abril de 1897). También se podrá leer en el número de Septiembre de 1897 de «La Revista del siglo», bajo el título de *A propósito del Espiritismo*, la crítica de la presente edición, hecha por el señor Joseph Désormeux.

También pueden consultarse con gran provecho los (1) «anales de las ciencias psíquicas».

(1) Véanse también: Flammarión: «Lo desconocido y los problemas psíquicos»; Bozzano: «Fenómenos psíquicos en el momento de la muerte»; Richet: «Tratado de Metafísica»; Osty: «Lucidez e intuición»; «Conocimientos supranormales.»

CONDICIONES PARA LA PRODUCCIÓN DE LOS FENÓMENOS

Las condiciones para la producción de los fenómenos espiritistas son muy delicadas.

Puede decirse que son relativas:

Al número de los asistentes (de seis a diez, con preferencia).

A la composición del grupo (que debe comprender siempre que sea posible, hombres y mujeres; es útil cierta pasividad de los asistentes, así como también que haya armonía entre sus pensamientos, que todos sean personas sanas, etcétera).

A la regularidad de las sesiones (que deben verificarse siempre entre las mismas personas y en días fijos, etc.).

Al modo de operar:

La luz es un obstáculo para la intensidad de los fenómenos. La obscuridad aumenta, en cambio, la intensidad de éstos. Pero como la experiencia en la obscuridad puede presentar ciertos peligros, y, sobre todo, se presta al fraude, se debe conservar cierta luz. Para obviar esta dificultad, se suele colocar el *médium* en un pequeño gabinetito, o bien hasta en un armario vacío, cerca del salón donde tiene lugar la sesión de experiencia. El punto de partida de los fenómenos se encuentra entonces en el gabinetito *negro* donde está el *médium*, queremos decir, en el gabinetito que está completamente a oscuras.

(Véase más adelante el capítulo de las materializaciones.)

Durante las sesiones, los asistentes deben permanecer serenos y tranquilos, silenciosos, y no interrumpir nunca un fenómeno comenzado. Deben conformarse con las indicaciones de los *espíritus*, no intentar imponerles sus condiciones.

Es muy raro que un grupo de personas que hagan un experimento con todas estas precauciones, no obtengan un número mayor o menor de fenómenos espiritistas.

Los movimientos de la mesa con contacto, se producen desde las primeras sesiones; luego se observan los golpecitos en la mesa, la escritura automática, los movimientos sin contacto, y, en fin, los fenómenos superiores (materializaciones, aproximaciones, escritura directa, encarnaciones, etc.).

Una observación importante: los fenómenos, incluso los más sencillos, no se obtienen nunca voluntariamente.

Otra: Ninguna de las condiciones antes citadas, es indispensable para que se produzcan los fenómenos.

Para obtener los fenómenos de un orden elevado, es necesaria, desde luego, la presencia de un buen médium.

¿Y qué es un médium...?

Según la doctrina espiritista, es una persona capaz, por facultades naturales y por entrenamiento, de suministrar a los desencarnados una cantidad suficiente de su fluido nervioso o de su *substancia orgánica* para permitirles que se manifiesten materialmente.

Según la teoría llamada anímica, admitida por diversos experimentadores, el médium es la causa exclusiva de los fenómenos, por el desdoblamiento de su personalidad material e intelectual, y la exteriorización de sus facultades.

Más adelante veremos cómo estas dos teorías se concilian perfectamente.

Los médiums son generalmente, los neurópatas (1) superiores o inferiores.

Fácilmente hipnotizables, pierden casi siempre su conciencia normal, cayendo en un sueño especial, llamado *trance*, durante la verificación de los fenómenos superiores, esto es, importantes.

(1) No hay, sin embargo, ninguna razón directa entre el neurosismo y la facultad de los médiums. Muchas personas nerviosas no sirven para médiums. Estos deben ser, más bien, las personas capaces de ser hipnotizadas.

Obedecen muy fácilmente a las sugerencias, incluso mentales, de los asistentes, de donde se deduce la importancia de la pasividad de éstos, en el mayor grado posible.

De un modo inconsciente, pueden reflejar los pensamientos de una o varias personas del grupo.

Y también inconscientemente son obligados a simular los fenómenos cuando aquéllos no se producen (1) (ya que es sabido por toda persona medianamente culta en doctrina espiritista, que los fenómenos, como antes hemos dicho, no se producen nunca voluntariamente). Pero los fraudes inconscientes son cosas verdaderamente infantiles, y fácilmente reconocibles por cualquiera en el curso de la experiencia. No obstante, el *médium*, *no importa la confianza que inspire*, debe ser vigilado con cuidado y atención.

Las facultades de *médium* son frecuentes, sobre todo en su grado elemental. Pero necesitan un entrenamiento prolongado, si se quiere llegar a la verificación de los fenómenos superiores. Y téngase en cuenta que están sujetos, incluso en la misma persona, a grandes variaciones de intensidad, según las épocas y el estado nervioso del *médium*.

La fatiga física o moral, una enfermedad, el uso de los narcóticos o de las bebidas alcohólicas, son cosas que entorpecen las facultades de un buen *médium*.

(1) Véase, a propósito de los fraudes de los *médiums*, el notable estudio de Ochorowics, en los «Anales de las ciencias psíquicas», 1896.

LOS FENÓMENOS

Los fenómenos espiritistas, pueden dividirse en dos categorías:

Primera: Cuando los fenómenos tienen lugar en la misma persona que sirve de *médium*, o a su contacto.

Segunda: Cuando los fenómenos tienen lugar fuera de la persona que sirve de *médium*, y sin ningún contacto con ella.

PRIMERA CATEGORÍA

Los hechos de esta serie son menos inverosímiles que los de la segunda, y, aparentemente, menos fáciles de probar. Pero las dos clases de fenómenos están estrechamente unidos en su producción y dan lugar a comunicaciones idénticas, en cuanto a su pretendido origen.

Es evidente, en todo caso, para cualquier persona que los haya observado, que el origen de los fenómenos de ambas categorías, es el mismo o puede ser el mismo.

La primera serie comprende:

1º *Los movimientos de objetos* (péndulo, batuta, mesa, sobre todo), que se producen al contacto de las manos, sin impulsión consciente de los asistentes a la sesión de Espiritismo. Es el fenómeno más fácil de obtener.

Para ello basta que un grupo de cuatro personas como *mínimum* se reúnan alrededor de una mesa, colocando las manos desnudas sobre la plataforma. (Es útil en este caso hacer *la cadena*, esto es, establecer el contacto de cada mano con la mano vecina.) Rápidamente, en general desde la primera sesión, la mesa se mueve, cruje, torna, se levanta de una o de varias de las patas, ejecuta movimientos compatibles con su estructura, obedece a las órdenes que se le dan, etc. Y llega a dar contestaciones inteligentes, cuando se ha establecido previamente, claro es, un código de señales.

Sabida es la explicación clásica de este fenómeno por el empuje inconsciente de las manos de los asistentes (tales como la han explicado, entre otros, Faraday, Chevreul, Babinet).

Que esta explicación sea verdad en ciertos casos, es probable, aunque esto no dice que lo sea siempre, ni mucho menos. Pero a poco que se continúen los experimentos, se verá repetirse el fenómeno con tal potencia (a veces hasta con una violencia inquietante, sobre todo en la obscuridad), que habrá que reconocer con los espiritistas la intervención de una fuerza desconocida.

2º *Golpes secos*, dados en la tabla o en los pies de la mesa, o bien en la silla del *médium* o de alguno de los asistentes: esto es lo que se llama la *tiptología*, con ayuda de la cual se puede obtener, como con los movimientos de la mesa, comunicaciones inteligentes.

Estos golpes, a veces muy claros y fuertes, no pueden ser atribuidos ya a la intervención de una fuerza

inconsciente de los asistentes a la sesión. Y en cuanto a la teoría de Schiff y de Jobert, que atribuían estos golpes a crujidos de los tendones, es una cosa que no resiste al más pequeño análisis.

3º *Escritura automática.*— Un lápiz, tenido en la mano por el *médium*, o bien fijado sobre una pizarra o un papel, sobre los cuales coloca el *médium* una de sus manos, escribe sin la impulsión consciente de la voluntad de aquél.

En general, el *médium*, durante este tiempo, no siente su mano, ni sabe absolutamente nada acerca de lo que escribe. A menudo está en un estado de inconsciencia o de semi-inconsciencia.

La escritura es muy clara cuando el *médium* está suficientemente entrenado. Y a veces escribe con una rapidez extraordinaria.

La forma de los caracteres, el estilo, la ortografía, la lengua, los conocimientos, en una palabra, el fondo general de la comunicación, pueden no recordar en nada absolutamente la personalidad del *médium*.

El lápiz puede ser sostenido incluso por un *médium* que no sepa escribir. Y se han dado casos en que se ha conseguido obtener la escritura de manos de niños de pecho.

Muy a menudo, la comunicación, en su conjunto, y por el análisis de los detalles de la misma (tales como estilo, escritura, firma, etc.), es absolutamente característica de la persona muerta que la suministra y da una prueba de identidad completamente convincente hasta para los más incrédulos en materias espiritistas.

El espíritu comunicante puede ser completamente desconocido del *médium* y de los asistentes a la sesión.

4º *Facultades auditiva, intuitiva y visual del médium.*— El *médium* oye la voz del espíritu o bien adivina el sentido de sus palabras y le sirve de intérprete.

El *médium* ve el cuerpo llamado *astral* del espíritu, y puede llegar a describirlo con una maravillosa exactitud.

Y en ciertos casos el *médium* ve y describe diversas escenas de ciertos acontecimientos (pudiendo esto explicarse por alucinaciones sugestivas provocadas en el *médium* por el espíritu comunicante, o bien por fenómenos de vista a distancia o de clarividencia).

5º *Facultad vocal del médium.*— *Encarnación.*— *Transfiguración.*— La comunicación se hace siempre, cuando se intenta de viva voz, por la voz misma del *médium*.

Los resultados son idénticos a los de la escritura automática. Timbre, expresiones, conocimientos, lenguas, etc., no son los ordinarios del *médium* sino que suelen corresponder en todo a la persona difunta con la que se comunica, y que le presta al *médium* sus órganos en absoluto.

Durante la producción de este maravilloso fenómeno, el *médium* está en lo que se llama *trance*.

La encarnación es la toma de posesión por el espíritu del cuerpo entero del *médium*, sin limitarse ya a posesionarse de algunos de sus órganos.

En este caso no es ya solamente la palabra y la voz lo que recuerda al muerto, sino que se ven sus gestos peculiares, hechos por el *médium* a lo largo del discurs-

so, sus actitudes, su manera de andar, la expresión general de su fisonomía, etc.

Y en su grado superior, el misterioso fenómeno se acompaña también de lo que se llama la *transfiguración*. El cuerpo y el rostro del *médium* sufren modificaciones momentáneas, *reales y no ilusorias*, que le hacen parecerse de un modo inmenso al difunto encarnado en aquel momento.

Este fenómeno, raro por lo demás, parece ser terriblemente impresionante.

SEGUNDA CATEGORÍA

En esta segunda serie los fenómenos se producen a distancia del *médium* y fuera de su contacto.

Estos son:

1º *Golpes dados a distancia.*— En los muebles o en los muros, que suministran comunicaciones inteligentes.

2º *Movimientos de objetos sin contacto.*— *Levitación.*— La mesa ejecuta toda clase de movimientos, sin ser tocada por ninguno de los asistentes.

Algunos objetos son trasladados, sin sostén alguno visible, a través de la sala donde se verifica la sesión.

La mesa puede llegar a ser levantada completamente del suelo.

El *médium* o cualquiera de los asistentes a la sesión pueden llegar a ser levantados hasta el techo.

A este fenómeno va unido la disminución o el aumento de peso (apreciable por medio de una balanza), de un mueble o del *médium*.

Observemos además que en ciertos casos los instrumentos de música situados en la sala del experimento llegan a tocar solos, y a escribir las plumas o los lápices abandonados sobre una mesa cualquiera.

La escritura directa presenta un interés absolutamente capital (1). Esta escritura se obtiene generalmente en la obscuridad y sin necesidad, lo que parece increíble, de pluma ni lápiz alguno.

El modo de operar habitual, es el siguiente: el *médium* extiende en la obscuridad (bajo la misma mesa, por ejemplo), una pizarrita, sobre la que previamente se ha colocado un pequeño lápiz. Pronto se oye el ruido de aquél, escribiendo sobre la pizarra. El fenómeno se puede llegar a obtener lacrando incluso dos pizarras y sellándolas para mayor seguridad.

Últimamente se han llegado a obtener hasta mensajes por medio de la máquina de escribir, sin operador o mecanógrafo visible (2).

3º *Apariciones luminosas*.— Éstas son apariciones fosforescentes en la mayoría de los casos, en general de muy corta duración, visibles a través de la sala donde se verifica la sesión de Espiritismo.

4º *Traslados*.— *Penetración de la materia*.— Diversos objetos, flores e incluso en ciertos casos hasta seres vivos son traídos a la sala donde se verifica la sesión a

(1) Véase el interesante estudio sobre este punto del profesor Gieber, titulado: «Faquirismo occidental.»

(2) «Anales de las ciencias psíquicas», 1896.

través de los muros, de las puertas y de las ventanas cerradas herméticamente.

Pueden oírse diversos sonidos musicales, sin instrumentos visibles, y percibirse perfumes extraños, sin que se derrame ninguna esencia en la sala.

A este fenómeno va unida la penetración de la materia sólida por la materia sólida.

Ejemplo, la formación de nudos en una cuerda o una cadena sin fin, el enlazamiento de los nudos de una madera, etc., observados por el ilustre Zoëllner.

Más adelante veremos la explicación de estos portentosos fenómenos por las materializaciones y desmaterializaciones.

5º Materializaciones y desmaterializaciones.— Éste es el fenómeno más importante de toda la gama espiritista. Puede observarse en los seres vivos o en objetos inanimados.

La materialización es la formación, en apariencia espontánea y de corta duración, de alguna cosa que representa más o menos exactamente todo o parte de un órgano vivo o de algún objeto material.

La desmaterialización es el fenómeno contrario. Consiste en la desaparición pasajera de todo o parte de un organismo o de un objeto.

Tratemos primero de las materializaciones y desmaterializaciones de seres vivos.

El fenómeno presenta varios grados:

A) En su primer grado la materialización no aparece más que como un resplandor más o menos intenso que recuerda una forma orgánica definida.

B) En su grado medio, la forma del objeto es ya exactamente representada; pero es muy poco fija, y no permite más que investigaciones muy rápidas, por lo pronto que desaparece.

Se verá, por ejemplo, una mano que sale del gabinete obscuro, y que va a tocar a uno de los asistentes a la sesión, retirándose luego rápidamente. O bien aparecer un fantasma a través de la sala, muy vagamente, para desaparecer casi enseguida.

Además de esto, los asistentes a la sesión podrán experimentar la sensación de ciertos *contactos*, sin ver la forma que los produce.

C) En su grado superior, la materialización da la copia exacta, completa, de un miembro o del cuerpo entero del desencarnado (1).

A menudo, los asistentes a la sesión pueden reconocer en el aparecido o ser materializado a un pariente o amigo muerto. Y no se trata ya de un fantasma: *es una criatura viva, con un cuerpo completo, huesos, músculos, vísceras, con un corazón que late, con unos pulmones que respiran como los nuestros, que habla, que se agita, que se mueve, que, en una palabra, en nada se diferencia de un ser vivo.*

Sus vestidos pueden ser variables.

Su existencia es siempre efímera: al cabo de algunos instantes, desaparece del mismo modo que se ha presentado.

(1) Léanse las experiencias de Crookes, relativas a la famosa materialización de Katie King y las obras de Aksakoff. Véase: «Ectoplasma y Clarividencia», por Geley. (N. del T.)

Entre el primer grado de la materialización y su realización perfecta, hay, bien entendido, algunas manifestaciones intermediarias.

No es posible explicar este misterioso fenómeno por la alucinación.

La forma material del fantasma, del aparecido, ha sido y puede ser *fotografiada*, como se ha hecho ya repetidas veces.

El fantasma puede llegar incluso a dejar huellas de su misteriosa aparición, tales como harina, ceniza de cigarro, etc., y puede ser pesado, medido, comparado, etc.

Se ha llegado a conseguir en ciertos casos que el fantasma abandone en su desaparición algunos objetos de su pertenencia, tales como un mechón de cabellos, un jirón de ropa, etc.; pero hay que hacer constar que todos estos objetos se desmaterializan también muy rápidamente, desapareciendo como el fantasma que los ha producido.

Lo mismo ciertos detalles que la *fotografía*, esta sobre todo, hacen imposible el fraude en las pruebas concluyentes de las apariciones espiritistas y tienen inmensa importancia para el estudio de esta ciencia.

La manera cómo se producen las materializaciones presenta consideraciones importantes (1).

(1) La placa fotográfica es sabido que puede ser impresionada por formas poco materializadas para ser percibidas a simple vista. Un gran número de fotografías de espíritus o de dibujos hechos por los espíritus con ayuda de moléculas materiales suministradas por el *médium*, se han logrado obtener de este modo. La fotografía del espíritu o encarnado

a) La obscuridad es indispensable. Sin embargo, la forma puede, cuando está completamente materializada, soportar cierta claridad. Aunque no resiste nunca una luz muy viva o intensa, disolviéndose en estas condiciones de un modo rapidísimo. En general, el fenómeno se produce en el gabinete negro, esto es, de donde salen las apariciones.

b) La forma materializada parece, por decirlo así, como si se escapara del cuerpo mismo del *médium* que le facilita sus elementos. No puede alejarse mucho del *médium*, con el que permanece unida por una especie de misteriosa ligadura espiritual, fluídica, ligadura a veces visible para los asistentes a la sesión y que puede compararse, en el sentido figurado, claro es, al cordón umbilical que une al feto con la madre.

La aparición se asemeja casi siempre, más o menos al *médium* (1). Sin embargo, puede diferir mucho de él por caracteres importantes (tales como sexo, talla, color de los cabellos, etc.). La semejanza con el *médium*, en todo caso, no es completa, y no impide, por lo demás, reconocer en la aparición en la persona difunta que se manifiesta.

puede ser obtenida en plena obscuridad, ya que la forma materializada emite cierto resplandor. (Véanse los detalles de este fenómeno maravilloso en la interesante obra «Animismo y Espiritismo», del ilustre Aksakoff.)

(1) La semejanza se observa no solamente en el conjunto, sino también en todos los detalles. Aksakoff cita el ejemplo siguiente: en ciertas sesiones en que se empleaba un *médium* de mucha edad, se materializaba una forma representando una mujer joven y bella. Pero su mano, aunque tenía el aspecto y las redondeces de una mano de mujer joven, presentaba, sin embargo, por el dorso, los signos distintivos de la edad.

Al fin de la sesión, la forma del aparecido parece penetrar en el cuerpo del *médium* y fundirse con él.

Si durante la sesión se hace una señal cualquiera sobre el cuerpo del aparecido (como, por ejemplo, una mancha de tinta, con tiza, etc.), esta señal se encontrará luego en el cuerpo del *médium*, aunque no en la misma parte del cuerpo donde se le hizo al espíritu fantasmal.

Igualmente sucede si se le da un golpe a la aparición, que repercute inmediatamente sobre el cuerpo del *médium*. Y, en fin, y ésta es una observación muy importante, *toda materialización se acompaña de una desmaterialización proporcional del médium* (1).

El *médium* es completamente invisible cuando la aparición está completamente materializada. Si se pesan simultáneamente la aparición y el *médium*, se ve que éste pierde exactamente el peso que aquélla gana. Y después de la sesión, el *médium* vuelve a adquirir su peso primitivo, menos unos cientos de gramos.

De estos hechos se desprende con claridad que *las moléculas materiales de la aparición son suministradas por el médium*.

No se puede negar que las condiciones necesarias para que se verifique este fenómeno verdaderamente maravilloso (tales como obscuridad, necesidad de una gran prudencia para investigar y controlar las manifestaciones del fenómeno mismo, e incluso para evitar que pueda ser herido y hasta muerto el *médium*; pre-

(1) Véase la última obra de Aksakoff: «Un caso de desmaterialización parcial del cuerpo de un médium.»

sencia en el cuerpo de éste de las señales puestas sobre el cuerpo del fantasma; poca frecuencia de la visualidad simultánea del *médium* y el aparecido, etc.), hacen que los incrédulos acentúen su incredulidad y que la misma crítica niegue la veracidad al hecho.

Pero lo cierto es que ha sido observado tantísimas veces y con tantísimas precauciones, y datos irrefutables y perfectamete honorables, *que su realidad es absolutamente cierta.*

Las materializaciones y desmaterializaciones de objetos, se observan con mucha frecuencia en las sesiones espiritistas (1). La penetración de la materia y los traslados de objetos o cuerpos, necesitan la desmaterialización, seguida de materialización nueva.

(1) Aksakoff cita casos de materializaciones de plantas y de crecimiento rápido de vegetales, obtenidos en sesiones espiritistas, y que recuerdan en absoluto los fenómenos atribuidos a los faquires. Estas materializaciones se hacen desde luego a expensas de otras plantas colocadas en la sala, y que perecen rápidamente.

EXPLICACIÓN DE LOS HECHOS

Ahora vamos a tratar de la interpretación de los fenómenos.

La teoría espiritista los atribuye a la acción de los desencarnados.

Estos últimos, para obrar en el campo material y comunicarse con nosotros, tendrán que tomar simplemente del *médium* el fluido vital o substancia orgánica que les es necesaria para manifestarse.

Y una objeción se pone inmediatamente ante nuestro pensamiento: la doctrina espiritista enseña que un ser encarnado obra sobre su cuerpo por medio del pro-espíritu.

De donde se deduce que los desencarnados conservan su pro-espíritu.

Y entonces, ¿cómo explicar que los desencarnados no puedan obrar *sobre la materia* bruta por medio de

su pro-espíritu, como los encarnados obran *sobre la materia* que forma su cuerpo...?

La contestación es muy sencilla.

Es porque el pro-espíritu no puede «tomar posesión» más que de la materia que no esté muy alejada de su propia constitución.

La fuerza pro-espiritual, una vez que ha evolucionado, no puede obrar más que *sobre la materia evolucionada* asimismo; es decir, *sobre la materia organizada y viviente*.

O, en otros términos, el espíritu no puede manifestarse en el campo material *más que* por un organismo vivo o *sobre* un organismo viviente.

El espíritu obrará sobre un organismo vivo, sugestionando al *médium* que obedecerá a su magnetizador desencarnado y hablará, escribirá, obrará, etc., bajo la influencia de la voluntad de aquél.

Y el espíritu obrará por medio de un organismo viviente, bien sea encarnándose en todo o en parte en el cuerpo del *médium*, o bien formándose un organismo momentáneo a expensas del organismo y del cuerpo de aquél.

Con estas nociones, expuestas con toda claridad, es fácil formarse una idea y comprender y explicarse todos los fenómenos: comencemos por el más importante, la materialización.

La materialización de un espíritu comprende muchas fases, a saber:

a) Hipnotización del *médium* y exteriorización más o menos completa, aunque nunca total, de su pro-espíritu.

b) Toma de posesión por el desencarnado de las moléculas orgánicas abandonadas por el *médium* exteriorizado.

c) Separación consecutiva del espíritu materializado del cuerpo del *médium*, que se encuentra entonces desmaterializado proporcionalmente.

La materialización de un espíritu es, pues, una verdadera *reencarnación*, que se hace en un organismo constituido a expensas del organismo del *médium*.

Los dos fenómenos admitidos por el Espiritismo, esto es, la materialización y la reencarnación, son absolutamente iguales y perfectamente comparables.

Se puede definir, pues, la materialización, diciendo:
«Es una reencarnación anormal, relativa, rápida y momentánea.»

Y la reencarnación se puede definir, diciendo:
«Una materialización normal, completa, lenta y durable.»

En efecto, las analogías abundan:

1º *Para la reencarnación*, la fuerza pro-espiritual toma los elementos esenciales de su cuerpo al germen orgánico fecundado; luego, por asimilación de los productos de nutrición, de los alimentos cogidos de fuera, pero casi exclusivamente en *la materia suficientemente evolucionada* de los vegetales y de los animales (sabido es que los minerales no son asimilables).

Para la reencarnación, las moléculas que agrupa alrededor de él el pro-espíritu del desencarnado, son tomadas del cuerpo mismo del *médium*, o accesoriam-

mente, de los asistentes a la sesión, de los animales o de los vegetales (1).

2º La aparición materializada va unida a los cuerpos del *médium* por una especie de ligadura fluídica, como el niño va unido a la madre por el cordón umbilical que le facilita los elementos necesarios para su vida.

3º El ser reencarnado se parece a los padres que le han dado el cuerpo.

El espíritu materializado, se parece al *médium* del que toma los elementos materiales para manifestarse.

4º La reencarnación lleva consigo el olvido momentáneo del pasado.

La materialización se acompaña de un obscurecimiento considerable, de una especie de turbación o desaparición de la conciencia y del recuerdo. (Véase más adelante.)

Como se ve, existen muchas analogías entre la reencarnación y la materialización.

Es más, una y otra se completan y explican mutuamente, y suministran por su realidad una prueba recíproca muy notable.

Continuemos ahora la explicación de los hechos:

La *desmaterialización* consiste en la anulación relativa y parcial de la fuerza pro-espiritual, que asocia las

(1) Parece que sería posible obtener cierto grado de materialización tomando simplemente algunas partículas orgánicas vegetales y vapor de agua. Así se explicarían ciertas apariciones fantasmales sin *médium*. Pero, en realidad, esto no es más que una especie de simulacro imperfecto del fenómeno.

moléculas componentes de la fuerza pro-espiritual superior del desencarnado.

Las *aproximaciones* o *traslados*, consisten en el transporte operado por el desencarnado del objeto así descompuesto, y su reconstitución completa, bien en la sala donde se verifica la sesión de Espiritismo, bien en cualquier otro lugar.

La *penetración de la materia* por desmaterializaciones seguidas de reencarnaciones.

Las *apariciones luminosas* no son más que materializaciones que no llegan a realizarse; su contacto, en efecto, da la sensación del roce de una mano o de un dedo.

La escritura directa, las variaciones de peso de un objeto, los movimientos sin contacto, los golpes dados a distancia, son producidos por órganos cuya materialización no está suficientemente realizada para que puedan ser vistos a simple vista aquellos órganos.

La gravitación completa es tal vez facilitada por un cierto grado de desmaterialización del cuerpo o del objeto levantado.

Los fenómenos de la primera categoría (esto es, en la persona que sirve de *médium* o en contacto con él), se explican de esta manera sencillísima:

La encarnación es la transfiguración que se opera por la toma de posesión, por el pro-espíritu del desencarnado, del cuerpo del *médium* cuyo propio pro-espíritu se ha exteriorizado previamente en parte.

Los fenómenos de *médium* vocal, visual, auditivo, intuitivo, la escritura automática, son producidos bien sea por *encarnaciones parciales* del desencarnado, o

bien por simple *sugestión* sobre el *médium* caído en situación de trance.

En fin, los movimientos de la mesa con contacto, se explican, bien por la impulsión inconsciente del *médium* (a veces bajo la influencia de la sugestión de un desencarnado), o bien de los mismos asistentes a la sesión; o aun por materializaciones elementales o más simplemente, por una influencia de orden magnético de las manos sobre la mesa. Tal vez, bajo esta influencia la materia vegetal que constituye la mesa, es momentáneamente asimilada por la materia animal, y, por consecuencia, accesible a la acción pro-espiritual del desencarnado (o, bien entendido, a la acción del pro-espíritu exteriorizado del *médium*).

DEL CONTENIDO INTELLECTUAL DE LAS COMUNICACIONES

Ahora nos falta, en este análisis de los fenómenos espiritistas, un punto importante de que tratar: el del contenido intelectual de las comunicaciones.

Las manifestaciones de orden intelectual se pueden considerar desde dos puntos de vista:

- 1º Desde el punto de vista de su origen.
- 2º Desde el punto de vista de su valor.

1º ORIGEN DE LAS COMUNICACIONES

Una serie preciosa de indicaciones sobre este punto importantísimo del Espiritismo, nos son suministradas por cierto número de caracteres, que se encuentran en la mayoría de las comunicaciones.

Estos caracteres son los siguientes:

a) Las personalidades comunicantes se manifiestan ellas mismas, *casi siempre*, como *espíritus* de los muertos. Y afirman categóricamente que son desencarnados que han conservado su *yo* consciente.

b) Toda personalidad que se manifiesta, sea en el orden psíquico, sea en el orden físico, lo hace siempre de una manera idéntica.

Los elementos diversos de su personalidad son los mismos en absoluto, cualquiera que sea el modo de comunicar con aquélla, y cualquiera que sea el *médium* empleado.

La personalidad de los llamados espíritus, es tan fija y permanente como la de los vivos.

c) Esta personalidad, en la mayoría de los casos, recuerda y concuerda exactamente con la del difunto de que ella se dice el espíritu desencarnado.

La personalidad manifestada, esto es, la encarnación del espíritu, presente en absoluto las cualidades y caracteres propios del muerto, tales como su lengua, sus conocimientos, el timbre de su voz, su escritura, etc., etc. En una palabra, todos los elementos que pertenecían al vivo, y que, cosa dignísima de notar, *pueden ser en absoluto ignorados por el médium*.

d) El *espíritu*, en sus manifestaciones, se muestra tal y como estaba *en sus últimos tiempos* de su existencia terrestre.

Un anciano o un niño muertos, por ejemplo, se mostrarán en las condiciones físicas y psíquicas propias de su edad.

Sin embargo, esta ley tiene numerosas excepciones.

e) *La característica del difunto está a veces modificada* en la comunicación del espíritu.

Y puede llegar a estarlo hasta tal grado que permita deducir que el comunicante no es de ninguna manera el que se pretende presentar como encarnado (1).

Otras veces la característica del difunto se manifiesta por una mezcla curiosa de elementos originales evidentemente tomados del *médium* y de los asistentes a la sesión, todo ello en proporciones muy variables.

(1) Es inútil insistir aquí sobre las clásicas imposturas de los que pretenden obtener comunicaciones ridículas firmadas por grandes hombres.

c) Esta personalidad, en la mayoría de los casos, recuerda y concuerda exactamente con la del difunto de que ella se dice el espíritu desencarnado.

La personalidad manifestada, esto es, la encarnación del espíritu, presente en absoluto las cualidades y caracteres propios del muerto, tales como su lengua, sus conocimientos, el timbre de su voz, su escritura, etc., etc. En una palabra, todos los elementos que pertenecían al vivo, y que, cosa dignísima de notar, *pueden ser en absoluto ignorados por el médium.*

d) El *espíritu*, en sus manifestaciones, se muestra tal y como estaba *en sus últimos tiempos* de su existencia terrestre.

Un anciano o un niño muertos, por ejemplo, se mostrarán en las condiciones físicas y psíquicas propias de su edad.

Sin embargo, esta ley tiene numerosas excepciones.

e) *La característica del difunto está a veces modificada* en la comunicación del espíritu.

Y puede llegar a estarlo hasta tal grado que permita deducir que el comunicante no es de ninguna manera el que se pretende presentar como encarnado (1).

Otras veces la característica del difunto se manifiesta por una mezcla curiosa de elementos originales evidentemente tomados del *médium* y de los asistentes a la sesión, todo ello en proporciones muy variables.

(1) Es inútil insistir aquí sobre las clásicas imposturas de los que pretenden obtener comunicaciones ridículas firmadas por grandes hombres.

En otros casos no se llega a encontrar en la comunicación, a pesar de poner en ello la mejor voluntad del mundo, más que un reflejo del pensamiento y de los conocimientos de los evocados. (Aunque estos casos son muy raros, a pesar de todo lo que en contrario hayan dicho los adversarios del Espiritismo.)

En fin, la personalidad comunicante, aun cuando recuerde, con suficiente exactitud, la del difunto que ella dice ser, puede mostrarse o superior o inferior a lo que ella era en la vida terrestre.

f) Las pruebas de identidad más completas son suministradas a menudo por los *espíritus* desconocidos del *médium* y de los asistentes a la sesión, y comprobados luego como perfectamente exactos.

No es fácil poder *atribuir al médium la forma ni el contenido* de una comunicación.

2º VALOR DE LAS COMUNICACIONES

El valor intelectual de las comunicaciones, es muy variable:

Sabido es que las comunicaciones pueden ser sinceras o mentidas; pero en uno u otro caso su contenido es, lo más frecuentemente, trivial y sin gran importancia.

Lo más interesante de las comunicaciones es que nos permitan probar la identidad de los comunicantes y nos aporten la satisfacción que siempre produce al espíritu el conocimiento de la verdad.

Ahora bien; no hay que pedir a las comunicaciones informaciones difíciles, ni consejos, ni previsiones del porvenir, o, por lo menos, no se debe hacer nada de esto sin emplear mucha reserva y prudencia.

A veces las comunicaciones no sólo son triviales, sino hasta groseras, injuriosas, o bien perfectamente obscuras o incoherentes.

Hay que reconocer el carácter insignificante o de relativa inferioridad del contenido intelectual de un

gran número de comunicaciones. Llaman, claro es, mucho la atención de los experimentadores novicios, muy inclinados a ver en los espíritus de los *muertos*, sobre todo cuando estos muertos son sus parientes o sus amigos, a verdaderos semidioses.

Pero, y hay que decirlo enseguida, se obtienen también a veces, por el contrario, comunicaciones muy elevadas, revelando conocimientos y una inteligencia muy superiores a los del *médium* y de los asistentes a la sesión. Y en estos casos pueden darnos preciosos e inesperados datos, consejos útiles e incluso previsiones magníficas del porvenir.

Precisamente estas comunicaciones elevadas son las que han servido de verdadera base a la doctrina espiritista.

En la mayoría de los casos, las manifestaciones intelectuales superiores *son suministradas por los evocados espontáneamente*, más bien que después de una serie de sesiones.

Estas manifestaciones intelectuales no tratan jamás de cuestiones materiales, sino de asuntos elevados, tales como la Filosofía, la Moral, etc., etc. Y no es raro que encierren consejos afectuosos para los individuos, y enseñanzas de un valor incalculable para el progreso de la Humanidad.

Veamos ahora la explicación que da el Espiritismo del contenido espiritual de las comunicaciones, esto es, de los fenómenos.

La característica habitual de las comunicaciones, sus cualidades y sus defectos se explican fácilmente si

se consideran, conforme a la doctrina de esta ciencia, los dos puntos de vista siguientes:

1º La situación de los desencarnados.

2º Las condiciones de sus relaciones con nosotros.

1º Desde el punto de vista de la situación exacta de los desencarnados, tengamos en cuenta que los muertos es preciso que tengan también una u otra situación, si han de ser, conforme a lo que sostienen todas las religiones, los bienaventurados o los condenados que nos dicen todas las creencias.

Si todo no se transformara insensiblemente después de la muerte, no existiríamos nosotros, seres conscientes de lo que nos espera en la otra vida, sea cual sea la doctrina que cada cual profese.

Según la doctrina evolucionista, los desencarnados no son en realidad muy diferentes de como eran en su última encarnación.

Esto es verdadero, sobre todo para los espíritus de orden medio, los más numerosos.

Los espíritus retrasados o vulgares, en cambio, una vez en estado de desencarnación, no sólo no son superiores a su estado último, sino que al sufrir la pérdida de sus sentidos materiales sufren un verdadero oscurecimiento psíquico que, aunque sea momentáneo, puede llegar a una semi-inconsciencia.

Sólo los espíritus elevados gozan de una conciencia y de un conocimiento muy superiores, síntesis de la serie de progresos adquiridos en diferentes encarnaciones, y después de la muerte, son infinitamente superiores a no importa qué estado de encarnación de las que han tenido anteriormente.

Lo que hay, es que estos espíritus verdaderamente superiores están inmensamente alejados de la Humanidad terrestre, en la que nunca jamás volverán a encarnar ni a vivir, y pueden muy difícilmente ponerse en relación con nosotros.

2º Nosotros no hemos tenido ocasión de ver más que un desencarnado que no podía manifestarse en el campo material más que obrando *sobre un organismo vivo, o por medio de un organismo vivo*.

En el primer caso (sugestión sobre el *médium*), la capacidad psíquica del espíritu estaría forzosamente limitada, en una proporción considerable, por la capacidad psíquica del *médium*).

En el segundo caso, el espíritu, al sufrir una verdadera reencarnación relativa, estaría sometido a las consecuencias fatales, aunque simplemente atenuadas, de una reencarnación normal: es decir, el oscurecimiento de la conciencia, el olvido del pasado, las modificaciones del *yo* por las nuevas condiciones orgánicas, etc., etc. Y el desencarnado no puede volver a entrar en el campo material, bien sea por una reencarnación, ya por una comunicación momentánea con nosotros, sin sufrir las leyes del olvido, en mayor o menor intensidad: «Lo mismo se olvida durante un instante, que durante un siglo.» (1)

Después de este examen de la situación de los desencarnados y del mecanismo de sus manifestaciones, se comprende que las comunicaciones recibidas *no podrían ser diferentes* a como son en realidad.

(1) «La supervivencia», por R. Noeggerath.

La frecuencia de las comunicaciones inferiores o poco elevadas es una cosa inevitable: bien sea porque la mayoría de los espíritus que quieren o que pueden ponerse en relación con nosotros no están muy por encima del nivel medio de la Humanidad; bien porque las leyes que rigen estas comunicaciones, llevan a los espíritus a manifestarse de un modo vulgar, lo cierto si es que resulta muy difícil comunicar con algún espíritu verdaderamente superior y exquisito.

Debido a esto es por lo que nosotros no podemos obtener informaciones precisas sobre la vida espiritual.

Y por esto también, la mayoría de los desencarnados nos parecen completamente idénticos a como eran durante su vida terrestre.

Por otra parte, los desencarnados se muestran tal y como eran durante los últimos años de su vida material, precisamente porque la reencarnación relativa que necesita la comunicación tiende de un modo natural a hacerse sobre el modelo orgánico más recientemente revestido por el encarnado (1).

La mezcla, durante las comunicaciones, de elementos originales y de elementos tomados de otros seres, no tiene nada de extraño.

Del mismo modo que el niño tiene siempre algo moral de sus padres, que le dan su cuerpo, el espíritu

(1) Parece ser, sin embargo, que ciertos espíritus tienen la facultad de manifestarse con el carácter de una cualquiera de las personalidades encarnadas sucesivamente, pero en este caso no se presentarán ante nosotros más que con los caracteres de una sola encarnación cada vez.

tendrá siempre algo del espíritu y de la parte moral del *médium*, que, en realidad, es el que le permite manifestarse.

Además de esto, como consecuencia del obscurecimiento de su propia conciencia y de la disminución de su voluntad libre, el comunicador, esto es, el *médium*, sufrirá fácilmente las sugerencias más o menos voluntarias de los asistentes y reflejará a menudo sus propios pensamientos.

En resumen: todas las objeciones y las observaciones y salvedades hechas de un modo tan ligero como poco científico al Espiritismo y a los que en él creemos con toda nuestra alma; objeciones y salvedades tales como las del contenido espiritual de las comunicaciones, de las obscuridades, vulgaridades, mentiras, o contradicciones, etc., que las comunicaciones encierran a veces en sí, todas esas objeciones, repetimos, no son fundadas ni siquiera racionales.

Antes al contrario, los mismos caracteres de las comunicaciones, muy diferentes de lo que se pudo sospechar *a priori*, al principio del movimiento espiritista, caracteres contrarios a las ideas que se formaban y sostenían generalmente acerca del más allá, según el espiritualismo religioso, constituyen una prueba bien palpable en favor de la doctrina que ha sabido constatarlos y explicarlos tan perfectamente.

Terminaremos este capítulo por una observación importante y conforme a la interpretación dada del contenido intelectual de las manifestaciones espiritistas.

El valor de las comunicaciones, desde el punto de vista intelectual, está en razón inversa de su valor físico.

Por esto es por lo que las materializaciones completas de un espíritu, van siempre acompañadas de un obscurecimiento considerable de su conciencia. Solamente al cabo de una serie de sesiones, es cuando el espíritu, luego de sufrir numerosas y continuadas materializaciones sucesivas, consigue habituar su inteligencia a funcionar en un organismo que no es el suyo, y conserva, más tarde, un mayor o menor recuerdo de su estado real.

Por el contrario, las manifestaciones elevadas, son, en la inmensa mayoría de los casos, suministradas por el *médium* vocal o por la escritura automática.

Es lo más probable que el desencarnado se manifieste más libremente y más conforme a sus facultades superiores, obrando simplemente por sugestión sobre el *médium*.

Por lo demás, los fenómenos verdaderamente elevados no presentan los fenómenos físicos del Espiritismo, más que *como pruebas irrefutables* de su existencia real y como demostraciones prácticas que apoyan sus declaraciones o sus manifestaciones teóricas.

LA TEORÍA ANÍMICA

La explicación que el Espiritismo da de todos los fenómenos de *médiums* está muy lejos de ser aceptada por todos los experimentadores. Muchos, entre los numerosos sabios que han estudiado a fondo los hechos y probado indiscutiblemente su autenticidad, no consideran la hipótesis espiritista suficientemente demostrada, y atribuyen todos los fenómenos *a la acción exclusiva del médium*.

Un gran número de explicaciones, basadas sobre (1) este principio, se han dado, sobre todo en estos últimos tiempos, en que tanto y tanto ha avanzado la

(1) No me refiero, desde luego, más que a explicaciones serias, dejando de lado ciertas teorías incoherentes e incomprensibles, desechadas hoy por todo el mundo y que pueden llamarse «el último esfuerzo del diablo», como se llaman las interpretaciones dadas por ciertos teólogos a las doctrinas cristianas.

doctrina espiritista. Pero todas ellas se refieren y conducen a lo que se pueden llamar, con Aksakoff, la teoría anímica, y cuyos principios principales son los siguientes:

Todo se puede explicar por el *automatismo* o por el *desdoblamiento del médium*.

Los fenómenos espiritistas en apariencia innegables (esto es, los que se verifican fuera del *médium* y sin contacto alguno con su persona), resultan, según esta teoría, del *desdoblamiento de la personalidad del médium* y de la *exteriorización de sus facultades sensoriales, motrices e intelectuales*.

Los pretendidos espíritus, sigue diciendo la teoría anímica, son, simplemente personalidades ficticias, creadas por completo por el automatismo o por el desdoblamiento del *médium*.

Y sus elementos físicos, son sacados de su conciencia normal o de su *subconciencia*.

Sus manifestaciones de orden intelectual más elevadas, sus mismos conocimientos, hasta aquellos que resultan más insospechados e inverosímiles, pueden explicarse por la subconciencia del *médium*, las sugerencias, las mismas lecturas del pensamiento, la vista a distancia, la telepatía, la clarividencia, etc., todos ellos fenómenos perfectamente posibles en el estado de sonambulismo.

No hay, pues, necesidad de acudir al recurso de la hipótesis de los espíritus, demasiado extraordinaria para ser admitida sin necesidad absoluta.

¿Qué van a responder a esto los partidarios del Espiritismo...? Esto, sencillamente:

La teoría anímica, es realmente verdadera en lo que concierne a la interpretación posible de muchos fenómenos (1). Pero la conclusión exclusiva que se quiere deducir de ella, es ilógica e irracional.

La teoría anímica está contenida por completo en la doctrina espiritista, y no podría ser separada de ella.

El llamado *Animismo* no es más que una rama de esta doctrina; y *no puede ser explicado separadamente de la doctrina espiritista.*

El llamado Animismo admite:

El cuerpo astral y su acción a distancia; la exteriorización de la sensibilidad, de la facultad motriz y de la inteligencia; la subconciencia; las personalidades múltiples; las sugestiones mentales, y, por último la clarividencia.

Pero hay que tener en cuenta que, por sí solo, el Animismo no puede explicar ninguno de estos hechos.

Ahora bien; la simple enumeración de tales facultades de nuestro yo pensante, implica *la superioridad evidente del principio psíquico sobre el principio material; la independencia posible del alma fuera e independientemente del cuerpo, y, por último, la probabilidad de la supervivencia.*

(1) Todos los espiritistas admiten, desde luego, que una buena parte de los fenómenos de nuestra ciencia son de origen anímico.

El cuerpo astral, al separarse momentáneamente del organismo (trance, hipnosis, sueño natural tal vez), puede producir *todos los fenómenos psíquicos*. Y es evidente que los podrá producir igualmente en un estado de desencarnación total. Al entrar nuevamente en su cuerpo material, el cuerpo astral o espíritu habrá olvidado desde luego todo lo que ha hecho.

De aquí se deduce que sería absurdo el querer negar, en nombre del Animismo, la posibilidad del Espiritismo. Es más, en vista de que el Espiritismo *explica todos los fenómenos*, y el Animismo, en cambio, *no explica ninguno*, sería absurdo admitir éste y rechazar aquél.

Entre dos hipótesis igualmente posibles, para conformarse con el espíritu científico y de investigación lógica, debemos escoger la que abraza a la otra y explica el mayor número de hechos posibles.

Y luego, si saliendo de los puntos generales de la cuestión, quiere tratarse de los detalles, se encuentran muchísimos de éstos que apoyan a la doctrina espiritista. Muchas veces, por ejemplo, las comunicaciones de los *médiums* suministran pruebas irrefutables de autenticidad convincentes e innegables, pruebas que no pueden venir del *médium* mismo, en posesión, durante la sesión, de todas sus facultades y *de su conciencia normal*, y no de sus facultades de sonambulismo.

Estos hechos y otros análogos abundan en la famosa obra del ilustre Aksakoff, «Animismo y Espiritismo», a la cual remitimos al lector deseoso de profundizar verdaderamente estas delicadas cuestiones.

La conclusión lógica del Animismo, no es pues, la negación del Espiritismo; *es más bien el reconocimiento de las grandes dificultades que se pueden tener para distinguir un fenómeno de origen anímico de otro de origen espiritista.*

No podríamos ir más lejos en esta cuestión. Las dudas sobre la presencia real de tal o cual espíritu, en tal o cual caso, no quitan valor alguno a la doctrina.

Si esta doctrina no tiene todavía una prueba, una confirmación absoluta y terminante, puede decirse, desde luego, que posee un *máximum* enorme de probabilidades en su favor.

Y hay más: se acepte o no la teoría espiritista, es evidente que la hipótesis del materialismo que sostiene que después de la muerte el hombre desaparece totalmente en la nada, queda completamente derrotada y deshecha. Otro tanto ocurrirá si se estudia la psicología experimental.

No son solamente los fenómenos de *médiums* los que son contrarios a la teoría del grosero materialismo; son también los estudios sobre la telepatía, el hipnotismo, el sonambulismo, los desdoblamientos de la personalidad, las manifestaciones superiores de la subconciencia, etc., etc.

No se puede, pues, considerar el pensamiento, como quieren los materialistas, como una secreción material y simple del cerebro, ni el alma como una función mecánica de los centros nerviosos.

Es, en efecto, sencillamente inadmisibile que una secreción anormal, accidental, patológica, pueda ser constantemente superior a la secreción normal, regular y fisiológica.

Y es asimismo verdaderamente inconcebible una función que no solamente puede aislarse del órgano que la produce, sino que, además, en ciertas condiciones antifisiológicas, puede llegar a adquirir cien veces más potencia y extensión.

Hay, pues, que insistir una y mil veces sobre este razonamiento, tan sencillo como lógico: la interpreta-

ción de los fenómenos del Espiritismo experimental que hace la doctrina espiritista (comprendiendo, desde luego, la teoría anímica), es la más simple, la más racional y *la más natural*.

Y no se puede rechazarla sin caer en un abismo de contradicciones. Y, sobre todo, sin verse compelido a aceptar otras explicaciones más extraordinarias todavía que la intervención de los espíritus.

De este modo vemos, por ejemplo, al gran Hartmann que, en su obra «El Espiritismo» pretende dar *una explicación natural* de esta doctrina por la fuerza nerviosa, la alucinación y la clarividencia, y añade: «El alma individual posee el don de la sabiduría absoluta.» Su asombrosa argumentación le lleva de este modo a proclamar omnisciente la conciencia de sonámbulo del *médium*, la cual, según él, se limita a ponerse en comunicación con lo Absoluto (1), esto es, con Dios. ¡Y pensar que esto es lo que M. Hartmann llama *una explicación natural*!

Sin caer en este misticismo metafísico, otros muchos sabios no dejan también de pecar contra la lógica, al rechazar de llano la hipótesis espiritista, sin buscar el sentido íntimo de los hechos que combaten o refutan. Contentándose, por toda explicación, con hablar de desdoblamiento psíquico, de subconciencia, de lectura del pensamiento y de clarividencia, no hacen más que jugar con las palabras.

¿Y sería ahora útil y necesario discutir aquí la oposición hecha o que sigue haciéndose al Espiritismo por

(1) Véase la obra de Aksakoff: «Animismo y Espiritismo.»

numerosas doctrinas que presentan con él ciertas analogías evidentes, pero que difieren de nuestra ciencia por ideas sobrenaturales, o al menos desprovistas de toda base experimental...? Yo creo que no.

Las teorías ocultistas, la doctrina de Swedenborg, la Teosofía, etc., etc., me parecen constituir una especie de transición entre el carácter religioso del antiguo espiritismo y el carácter científico que revestirá, en adelante, el estudio del alma.

Es de temer, por otra parte, que el espíritu humano no tarde mucho tiempo en desembarazarse de su impregnación de misticismo, y en reemplazar definitivamente las creencias sobrenaturales por la convicción racional. Dato curioso: *la simplicidad y la claridad de las doctrinas espiritistas son un obstáculo para que sean admitidas por ciertas inteligencias.*

El pensamiento humano, habituado desde hace tantos siglos a los dogmas misteriosos y a las obscuridades trascendentales de los sistemas metafísicos, no puede concebir la posibilidad de una solución clara y racional al gran problema de nuestro destino. Después de haberse adormecido, durante siglos y siglos balbuceando el *credo quia absurdum*, la Humanidad, al despertar, vacila y murmura instintivamente:

NON CREDO QUIA NON ABSURDUM

PRUEBAS INDIRECTAS

Acuerdo de la doctrina espiritista con todas las ciencias. – Acuerdo con las ciencias naturales. – El transformismo. – Acuerdo con la Astronomía. – Acuerdo con la Física y la Química. – Acuerdo con la Fisiología. – Una página de Claudio Bernard. – Acuerdo con la psicología teórica y experimental. – Acuerdo con el hipnotismo. – Los desdoblamientos de la personalidad. – El sonambulismo. – La clarividencia. – La lectura de los pensamientos. – La telepatía. – La posibilidad de olvido momentáneo. – Acuerdo con la Patología. – Acuerdo con la Filosofía. – Unión del Espiritismo y del Materialismo. – Espíritu, fuerza, materia, son fases sucesivas de la unidad creadora. – Involución y evolución. – Los sistemas filosóficos cercanos al Espiritismo. – El monismo.

PRUEBAS INDIRECTAS

El Espiritismo encuentra una prueba indirecta en apoyo de su doctrina, en el acuerdo posible y fácil de esta creencia con todas las ciencias, y en la explicación sencilla que da de muchos hechos que permanecen oscuros en el dominio de las otras ciencias.

Con las ciencias naturales, el acuerdo es absoluto.

El transformismo, en favor del cual se acumulan cada día más pruebas, y que ya no va teniendo adversarios entre los hombres verdaderamente cultos e inteligentes, da a la teoría de la evolución anímica, inseparable de la evolución orgánica, una semejanza indiscutible.

Es más, impone a los espiritualistas la aceptación de esta evolución del alma:

Lo mismo en el terreno físico, que en el terreno moral, la naturaleza no da nunca un salto.

Al contrario, la naturaleza nos presenta en todos los casos y en todos los aspectos, el ejemplo y el espectáculo de las transiciones insensibles, de las formas inferiores de la vida y de la inteligencia, a las formas superiores y elevadas.

De modo que es preciso insistir siempre sobre este punto:

La doctrina de la evolución anímica suprime *todas las objeciones aparentes hechas al Espiritismo por los grandes descubrimientos de las ciencias naturales:*

- Objeción basada sobre la semejanza orgánica y fisiológica de los animales, y de la descendencia animal del hombre.

- Objeción basada sobre la correlación estrecha que existe entre el desenvolvimiento de los centros nerviosos y la extensión de la conciencia.

- Objeción basada sobre la imposibilidad de concebir el espíritu y la materia como cosas aisladas y distintas.

Desde otro punto de vista, la noción de la evolución psíquica explica muy bien la conservación de los progresos orgánicos, que la selección natural no nos dejaba comprender suficientemente.

Completado de este modo, el transformismo constituye una magnífica síntesis, que puede abrazar todos nuestros conocimientos, y que liga el pasado al presente y condensa todas nuestras aspiraciones del porvenir.

Y, singular coincidencia:

Transformismo y Espiritismo han aparecido casi en la misma época.

Doctrinas aparentemente contradictorias, la primera fue admitida con entusiasmo por los materialistas, creyendo apoyar sus ideas sobre esta base científica; y, en cambio, el Espiritismo fue acogido como una vaga esperanza por los espiritualistas, que sentían vacilar ya sus viejas creencias.

¡Y, sin embargo, ambas doctrinas parecen conciliarse en la hora actual, a expensas, precisamente, del materialismo pesimista y del espiritualismo religioso!

Al enseñar que la evolución no se hace exclusivamente sobre nuestro planeta, sino que se verifica también en una serie incontable de mundos, el Espiritismo está de acuerdo con la Astronomía, que nos prueba la insignificancia de nuestro planeta en el Universo, y nos presenta, además, la hipótesis interesantísima de la probabilidad de que otros mundos estén igualmente habitados como la Tierra (1).

Conforme, también, a los preceptos de la Física y de la Química, la doctrina espiritista nos hace entrever la unidad de materia y la unidad de fuerzas.

El gran descubrimiento de la materia radiante, permite, por otra parte, la comprensión fácil de la constitución del cuerpo astral.

Y, en fin, nuestros conocimientos sobre la constitución molecular de los cuerpos nos permiten no considerar como algo absurdo e improbable o imposible

(1) La persistencia de la vida intelectual, de la conciencia y del recuerdo, se asocian maravillosamente con la realidad espléndida de las regiones ultra-terrestres... Cada estrella vierte con su luz un rayo de esperanza en mi corazón. Flammarion: «Las Tierras del Cielo.»

los fenómenos de materialización y desmaterialización.

Ya hemos indicado antes el apoyo que encuentran las enseñanzas de los espíritus en el dominio de la Fisiología.

La noción de la fuerza pro-espiritual explica claramente:

El agrupamiento en la fuerza orgánica de las moléculas en número infinito que constituyen nuestro cuerpo.

La conservación de la individualidad psíquica e intelectual, a pesar de la renovación casi constante que sufren estas moléculas.

Las relaciones de lo físico con lo moral.

Desde otro punto de vista, la doctrina permite comprender las diferencias capitales que separan *el funcionamiento del pensamiento en el organismo*, de las verdaderas *funciones orgánicas*.

Pero es sobre todo la teoría del pro-espíritu la que se acuerda admirablemente con las constataciones hechas en Fisiología.

Escuchemos lo que dice Claudio Bernard (1) de la formación orgánica:

«En la evolución del embrión vemos primeramente aparecer un simple esbozo del ser, antes que ninguna otra organización. Los contornos del cuerpo y de los órganos, se ven al principio simplemente esbozados, empezando por un ligerísimo andamiaje orgánico,

(1) Claudio Bernard: Introducción a la Medicina experimental (cita tomada de la obra de M. Delanne, «La Evolución anímica»).

provisional, que es el que ha de ir sirviendo de punto de apoyo a los aparatos funcionales del feto. Ningún tejido es fácilmente distinguible. Toda la masa del futuro ser está constituida exclusivamente por células plasmáticas y embrionarias. Pero en este bosquejo del futuro ser, está ya trazado *un plan ideal* de un organismo aún invisible para nosotros, plan que ha asignado de antemano un lugar para cada elemento, y un sitio para cada propiedad y cada órgano del futuro ser. Allí donde deben ir apareciendo sucesivamente vasos sanguíneos, nervios, músculos, huesos, etc., las células embrionarias se van cambiando paulatinamente en glóbulos rojos, en tejidos arteriales, venosos, musculares, nerviosos u óseos.»

Y, en otra parte, continúa diciendo el ilustre Claudio Bernard:

«Lo que es sencillamente del dominio de la vida, y que no pertenece ni a la Química, ni a la Física, ni a ciencia alguna otra, *es la idea directriz* de esta acción vital maravillosa. En todo germen viviente hay una idea directriz que se desarrolla y se manifiesta por la organización. Y, durante toda su vida, el ser permanecerá bajo la influencia de esta misma *fuerza vital creadora...*

»Y otro tanto puede decirse de la conciencia que conserva el ser vivo al reconstituir las partes vivientes desorganizadas por el ejercicio, o destruidas por los accidentes o las enfermedades.»

Si pasamos ahora al campo de la Psicología, el Espritismo constituye un guía maravilloso en medio de

las dificultades de toda especie que aquélla nos presente.

La noción de las existencias sucesivas, hace comprender las desigualdades considerables que se observan en las conciencias humanas; desigualdades de inteligencia, de sensibilidad moral y afectiva, que ni los esfuerzos individuales ni la influencia tan poderosa del medio ambiente ni la herencia bastan a explicar.

Las diferencias entre la herencia física y la herencia psíquica son tales, que no encuentran interpretación posible más que en la hipótesis de las vidas anteriores del ser humano.

¿Cómo explicar de otra manera la distancia física y moral que separa a veces a dos hermanos nacidos de unos mismos padres y criados en el mismo ambiente y en las mismas condiciones...? ¿Cómo comprender la diferencia entre la capacidad, a veces total en un sentido u otro, o incapacidad física o moral de un hijo y las de sus padres...? (1)

La reencarnación explica también los fenómenos de los niños geniales, tales como Pascal y Mozart.

Y, en fin, permite explicar más sencillamente la complejidad del *yo pensante*, *la síntesis psíquica*.

Pero en el campo de la psicología experimental es donde encontramos más pruebas en favor de la doctrina espiritista.

(1) «Cuanto más avanzado es el espíritu, dice M. Chaigneau, más personal es su carácter, y más se manifiesta independientemente de las condiciones de herencia.»

Los fenómenos del hipnotismo y del sonambulismo, los desdoblamientos de la personalidad, la telepatía, las manifestaciones elevadas de la subconciencia, no están todavía suficientemente explicadas por la ciencia.

Nada más extraño, por ejemplo, que la dificultad de interpretación, por el materialismo, de los desdoblamientos de la personalidad y de los fenómenos conexos.

Que se realice, por ejemplo, la observación del Doctor Azam sobre Felida.

Se verá al autor invocar sucesivamente el funcionamiento independiente de los dos lóbulos cerebrales (lo que, por otra parte, no se aplica más que a las personalidades múltiples); luego el sonambulismo total; luego simples fenómenos de vasodilatación o de vasoconstricción en la circulación del cerebro; y por último, habremos de gritar con el ilustre doctor Azam: «¡No se han disipado nuestras dudas, no se han disipado las dificultades! ¡Hay para volverse loco en este campo de investigaciones!» (1)

Cuanto a las experiencias del hipnotismo superior, son todavía más impenetrables a la fisiología materialista.

Porque la fisiología materialista no hace más que emitir hipótesis sobre hipótesis, sin proponernos u ofrecernos ni una prueba siquiera.

Si, por el contrario, se admite la teoría espiritista, todo se vuelve radiante, claro y luminoso.

(1) Azam: «Hipnotismo y doble conciencia.»

La hipnosis no es más que el principio de la separación del principio psíquico del cuerpo (1).

Al principio de la *exteriorización* la sensibilidad de la piel y de las mucosas desaparece, la fatiga muscular no se siente y las posiciones más fatigosas pueden ser sostenidas durante mucho tiempo por el individuo (2).

Al mismo tiempo, la sensibilidad se comprueba fuera del cuerpo, a una pequeña distancia y en líneas de exteriorización muy fijas y regulares (De Rochas).

El *sentido único* aparece de un modo evidente, y por medio de él, el hipnotizado se comunica con el mundo exterior. Él ve, oye y percibe, no por sus sentidos corporales y ordinarios, sino por ese sentido único que está, en esos instantes, extendido a lo largo de todo su cuerpo, sobre todos los puntos de su epidermis.

De aquí esas manifestaciones bizarras de los sentidos de los hipnóticos, que todos ellos han comprobado, y que en vano se han querido explicar por una simple hiperestesia del individuo.

M. de Rochas ha llegado a poder estudiar el desdoblamiento del individuo en los estados profundos de la hipnosis. Describe la formación, a derecha e izquierda

(1) Léanse las obras: «Análisis de las cosas», del Doctor Gibier; «La exteriorización de la sensibilidad», de M. de Rochas; «El estudio sobre los fantasmas de los vivos», también de M. de Rochas. («Anales de las ciencias psíquicas», 1895.)

(2) Lo que no quiere decir que los músculos no sufran la fatiga. Del mismo modo que la anestesia clorofórmica suprime el dolor, pero no impide las consecuencias de la operación.

del individuo, de un fantasma doble, que bien pronto se condensa en un fantasma único.

Los fenómenos del orden intelectual se explican claramente por esta exteriorización.

Al principio: obscurecimiento y turbación de la conciencia normal y de la inteligencia, que se separa de su instrumento cerebral.

De aquí viene *la fatiga de la sugestión*.

«Ya no hay ni cerebro ni pensamiento para la percepción o el pensamiento, pero la percepción y el pensamiento pueden ser ejercidos por todo el organismo del individuo. En este estado, el individuo puede ya, gracias al éter ambiente, cuyas vibraciones hacen vibrar al unísono su éter anímico exteriorizado, darse cuenta de una porción de hechos pasados, presentes, y hasta me atrevería a decir también futuros.» (Doctor Gibien: «Análisis de las cosas.»)

Así se explican la vista a distancia y la lectura de los pensamientos.

Durante esta separación momentánea y relativa del organismo, la personalidad normal desaparece; los recuerdos reaparecen en tropel, y la subconciencia tiene una importancia capital.

La importancia de la subconciencia se tiene que explicar por el gran número de las existencias vividas.

Las facultades superiores, esto es, la misma clarividencia, se explicará por la superioridad del *yo real* exteriorizado, sobre la personalidad normal que constituye su unión con el cuerpo actual.

En cuanto a la comprobación de las personalidades múltiples en un mismo individuo, sea en los estados

hipnóticos, sea en la vida ordinaria, cuando se trata de personas predispuestas, no tiene nada de extraño por la doctrina de las vidas anteriores (1).

La telepatía, de la que tantos y tantos ejemplos se han dado hasta ahora (2), puede tener uno de estos tres orígenes:

1º Acción de pensamiento a pensamiento, o clarividencia.

2º Vista a distancia, durante el sueño, por éxodo o traslación del cuerpo astral.

3º Acción espiritista o anímica.

En este último caso, el pro-espíritu, después del abandono completo o relativo del cuerpo, podría arrastrar con él moléculas materiales para ir a influenciar los sentidos de una o más personas a las cuales el desencarnado ha exteriorizado deseos de manifestarse o aparecerse.

Esta explicación es tanto más verosímil cuanto que a menudo el fenómeno de la telepatía se produce después de una muerte violenta o por accidente.

La víctima, después del abandono prematuro de un organismo que las enfermedades no habían tenido

(1) Hay que distinguir estas personalidades innegables, verdaderas, espontáneas y originales, de las personalidades falsas y ficticias que se provocan en un individuo hipnotizado (experimentos de Richet), y que responden generalmente a un tipo común y bien conocido: el tipo del obispo, del actor, del gendarme, etc.

(2) Léanse las «Alucinaciones telepáticas», de MM. Gurney, Myers y Podmore.

Traducido de los «Phantoms of the living», por L. Mariller, prefacio del profesor Richet.

tiempo de agotar, puede conservar, aunque sea momentáneamente, algunos elementos materiales de su antiguo organismo.

Si el Espiritismo da la clave de muchos fenómenos de psicología experimental o teórica, en cambio, esta ciencia, a su vez, nos explica ciertas dificultades de comprensión que nos presenta aún la teoría espiritista.

Hay una gran semejanza entre ciertos hechos espiritistas y ciertos hechos hipnóticos, como por ejemplo, el trance, la sugestión, el automatismo, etc., etc. Y a veces, no hay sólo semejanza, sino verdadera asimilación de unos y otros hechos, ya que el efecto producido es el mismo, sea que la causa de la influencia obedezca a un magnetizador terrestre o a magnetizador desencarnado.

Los estudios de la Psicología nos prueban también la posibilidad de esta pérdida momentánea de la memoria del pasado, que nos impide recordar las encarnaciones precedentes.

Los olvidos aparentes son constantes en el curso de nuestra vida normal (1). Y al despertar tampoco solemos recordar nunca el objeto de nuestros ensueños.

Por otra parte, tampoco solemos recordar, a lo largo de nuestra vida, más que los sucesos verdaderamente importantes de ella. La mayoría de los hechos o los sucesos que nos han ido enseñando nuestros sentidos, van desapareciendo paulatinamente de nuestra

(1) Véase el notable estudio de P. Janet, «El automatismo psicológico», sobre todo el capítulo *El olvido y las diversas existencias psicológicas*.

memoria; pero, en realidad, son conservados íntegramente, y pueden reaparecer cuando ciertas circunstancias (por ejemplo, la perspectiva de un peligro inminente que ponga en peligro nuestra existencia), vienen a sobreexcitar nuestras facultades conscientes.

Recordamos aún *el olvido completo de los hechos verificados durante el sueño hipnótico*, que prueban bien a las claras la imperfección de la unión entre el alma y el cuerpo.

El alma, al entrar en el cuerpo de nuevo, pierde el recuerdo de los hechos verificados, como pierde por completo el recuerdo del pasado al tomar posesión de un cuerpo nuevo.

Insistamos, sobre todo, en las observaciones de personalidades sucesivas en un mismo individuo, que se manifiestan en períodos sucesivos, de duración variable, y *que se ignoran recíprocamente*; de tal manera que el individuo no sabe absolutamente nada, estando en uno de esos estados, de lo que ha hecho en cualquiera de los anteriores; y que presenta diversas conciencias y no se da cuenta de su situación real y verdadera.

No hay, pues, que asombrarse de que olvidemos, al tomar posesión de un organismo nuevo, el pasado vivido antes.

Comprobemos, de paso, no obstante, que este olvido es verdaderamente necesario para nosotros, ya que nos permite desenvolvemos libremente en otros medios y ejecutar trabajos distintos a los que antes habíamos vivido; tal olvido nos permite, además, no ser molestados ni solicitados por recuerdos penosos, com-

paraciones deprimentes, amistades y rencores pasados. Y es indispensable, sobre todo, para evitarnos la tendencia a un trabajo rutinario y a las mismas ocupaciones, desembarazarnos de los hábitos adquiridos y favorecer, en una palabra, nuestra evolución.

Hasta la misma Patología utilizará las nociones del Espiritismo.

No es posible prever todas las consecuencias de esta hermosa doctrina, sobre todo en los campos de la terapéutica; pero sí se puede vaticinar que el Espiritismo disipará con el tiempo muchas obscuridades patogénicas.

En la patología nerviosa, por ejemplo, ciertos hechos de posesión, de alucinación, ciertos fenómenos de neurosis diversas, hasta ciertos casos de locura, recibirán del Espiritismo, tal vez, y no ha de tardar mucho, una interpretación racional y aceptable.

El mismo histerismo podría explicarse fácilmente por el estudio científico del pro-espíritu.

Los fenómenos de carácter caprichoso afectos a la sensibilidad, la facultad motriz o las facultades intelectuales de los histéricos, podrían explicarse por un funcionamiento defectuoso de la fuerza pro-espiritual, por la incompleta unión entre el alma y el cuerpo.

Los neurópatas inferiores, los histéricos vulgares serían, según esta hipótesis, individualidades unidas a un cuerpo demasiado perfecto para ella, y del cual se sirven mal: esto es, algo así como una máquina demasiado buena para un mecánico vulgar.

Los neurópatas superiores, por el contrario, serán organismos demasiado groseros para ellos. La máqui-

na, en este caso, no respondería a la perfección y a la ciencia del mecánico que la lleva.

¡Piénsese lo que se quiera de esta hipótesis, no se negará que es menos extraña que la de los degenerados superiores!

En fin, si para completar este perfecto acuerdo de la doctrina espiritista con las diversas manifestaciones de la actividad intelectual del hombre, hacemos una incursión por el campo de la Filosofía, podremos hacernos interesantísimas observaciones.

Por lo pronto, la noción del pro-espíritu suprime la grave objeción, hecha en todo tiempo al Espiritualismo, de la dificultad de concebir el alma misma, sin forma alguna definida.

Luego, el Espiritismo ofrece un campo de reconocimiento al Materialismo y al Espiritualismo.

Desde el momento en que la teoría espiritista dice que *espíritu, fuerza y materia* van siempre juntos y son inseparables, y que no pueden ni suponerse con vida propia y aislada uno de otros, la doctrina espiritista puede ser desde luego admitida lo mismo por *los que hacen de la inteligencia un producto de la evolución avanzada de la materia, que por aquellos otros que sostienen que la materia no es ni más ni menos que una manifestación del espíritu* (1).

En realidad, en esta divergencia de opiniones, no habrá en el fondo, más que un simple malentendido.

(1) La fuerza, en las dos hipótesis, constituye el principio intermedio.

Desde el momento en que la Creación se ha definido como no teniendo principio ni fin, será inútil que se busque su punto de partida.

Podríamos figurárnosla como un ciclo, en su conjunto, ciclo que la potencia creadora, sea cual sea, recorre perpetuamente.

En un punto cualquiera de la trayectoria, nos tendremos que imaginar el espíritu, o el máximun de espíritu; en el punto diametralmente opuesto, la materia, o el máximun de materia.

La fuerza, a su vez, estará en el espacio intermedio.

Las creaciones se harán por el paso del infinito de un punto a otro punto de esta trayectoria.

Esto es: del espíritu a la materia; luego de la materia al espíritu; después, de nuevo del espíritu a la materia, y así sucesivamente.

En otros términos, las creaciones serán series perpetuas de *involuciones* y *evoluciones*.

Espíritu, fuerza y materia, serán, pues, fases sucesivas de la unidad creadora; los elementos analíticos esenciales de la síntesis absoluta.

Y el proceso de la creación se encontrará lo mismo en las partes que en el todo; en el *microcosmos*, como en el *macrocosmos*.

Las fases sucesivas de encarnación y desencarnación de los seres vivientes, representan, pues, las alternativas involutivas y evolutivas.

Para terminar, debemos decir que los puntos principales de la doctrina espiritista, se encuentran también en no pocos sistemas modernos de filosofía.

La gran hipótesis del transformismo, se impone, más o menos a todos los pensadores, y es muy curioso observar los esfuerzos que se hacen en todos los campos para conciliar el evolucionismo con las viejas creencias del Espiritualismo, sin querer perder ninguno de sus puntos de vista.

En el mismo dominio religioso, teólogos eminentes se esfuerzan por todos los medios para poner de acuerdo las tradiciones bíblicas con la Ciencia natural moderna (1). Cada vez más olvidan los anatemas del Syllabus, evitan hablar del infierno y los castigos corporales, y nos hablan de la pluralidad de los mundos habitados. No sería osado afirmar que ha de llegar el día en que el Papa, a pesar de su *infallibilidad*, ordenará la creencia en la multiplicidad de existencias y colocará el paraíso y el infierno al final de las vidas sucesivas.

El ejemplo dado por algunos teólogos, es, por otra parte, sobrepasado por los mismos católicos, que empiezan a querer razonar sus creencias. Y se puede afirmar que el dogma no va siendo aceptado en toda su pureza ni siquiera por las personas más creyentes (2).

Un ejemplo notable de este estado de espíritu, nos lo ofrece el notable discurso pronunciado en la Academia de Lyon, en la sesión del 9 de julio de 1895 por M.

(1) Véase el artículo de M. d'Hulst, *Cristianismo y Ocultismo*. (*Correspondencia* del 25 de Agosto de 1891.)

(2) Basta recordar a este efecto, la indignación que provoca, hasta en los más fervientes católicos, el querer explicar las catástrofes por expiaciones de los pecados colectivos.

Isidoro Gilardin, consejero decano de la Audiencia (1).

El orador, hombre profundamente religioso, llegó a hacer tales concesiones a la ciencia, que transforma la religión de arriba abajo, esa religión que nos habíamos acostumbrado a considerar como inmutable (2).

Citaremos algunas líneas de este interesante discurso:

«Hay que admitir que el paso de esta vida a una vida supraterrrestre, no puede verificarse más que por medio de la evolución, esto es, por un desenvolvimiento natural del ser; que debe operarse, no en virtud de milagros individuales, sino obedeciendo a leyes generales establecidas por Dios mismo.

»Y el método que nos ha de llevar a una concepción racional de la vida futura, debe fundarse, por lo tanto, en la observación de todos los fenómenos, sean físicos, sean psíquicos.»

¡Y más lejos, el ilustre Gilardin llega a admitir el cuerpo psíquico, las transformaciones sucesivas del alma, e incluso la reencarnación...!

Como se ve, todo esto no es, en el fondo, más que los elementos principales del Espiritismo, que el sabio lionés no nombró en todo su interesante discurso.

(1) «Memorias de la Academia de Lyon», 1896.

(2) Basta saber lo que la Iglesia ha de pensar de esta libertad de creencias con respecto al Dogma. Y cómo, en la hipótesis de que la aprobara, podría combatir, consecuentemente, la teoría protestante del libre examen.

Por lo demás, Gilardin se separa del Espiritismo en ciertos puntos, por ejemplo, en negar con la religión, el paso de los animales al hombre, esto es, el transformismo natural.

La doctrina espiritista se encuentra casi intacta en ciertos sistemas establecidos *a priori* y por simple intuición.

Por ejemplo, en la «Palingenesia filosófica», de Ch. Bonnet y en «Tierra y cielo», de Jean Reynaud.

Y elementos importantes de Espiritismo se encuentran también en las filosofías que sostienen y defienden hombres tan eminentes como Henri Martín, Flammarión y Pezzani (la pluralidad de las existencias del alma).

Y no es tampoco difícil encontrar algunas de estas ideas en un gran número de sistemas filosóficos antiguos o modernos.

El monismo, por ejemplo, tal y como ha sido concebido por el ilustre Haeckel (1), concuerda admirablemente con la doctrina espiritista, en la cual halla su complemento natural. La noción de la evolución anímica, añadida a la noción de la evolución orgánica y al conocimiento de la unidad panteísta, *lo explica todo, lo abraza todo y sintetiza todo.*

Así se ve con pena que Haeckel, después de haber hecho la exposición de sus ideas verdaderamente grandiosas, niega la posibilidad de la supervivencia, y no

(1) Haeckel, «El Monismo», lazo de unión entre la religión y la ciencia. Profesión de fe de un naturalista. Prefacio y traducción de V. de Laponge, 1887.

tiene en cuenta los estudios de la psicología experimental.

Para probar sus ideas, dice esta frase: «Nosotros no podemos separar de ninguna manera el alma individual del cerebro, del mismo modo que nuestros brazos no pueden separarse de la contracción de nuestros músculos.»

Pero hay que tener en cuenta, en rechazo de esta teoría, que los fenómenos de exteriorización se han comprobado perfectamente en nuestros días y hoy está ya fuera de dudas que esa separación del alma puede verificarse, e incluso se llega a verificar durante la vida misma de un individuo (De Rochas).

«Un espíritu vivo inmaterial —añade Hoeckel en otra parte—, es tan inconcebible, como una materia sin espíritu y sin vida.»

Esto es cierto; pero en este punto reside precisamente uno de los principios fundamentales del Espiritualismo moderno. El gran pensador nos ofrece por sí mismo poderosos argumentos contra la teoría de la nada en el pasaje siguiente: «Se combate frecuentemente nuestro monismo diciendo que niega de un modo rotundo y absoluto la inmortalidad.

»Sin embargo, esto no es cierto.

»El Universo, en su conjunto, es inmortal. Y del mismo modo que es posible que la más pequeña molécula de materia o de fuerza no perezcan jamás en el Universo, también es probable que ocurra otro tanto con los átomos de nuestro cerebro y *las fuerzas* de nuestro espíritu.»

No existe, pues, ninguna prueba de que esas fuerzas individuales no sigan existiendo después de la destrucción de nuestro cuerpo, y que sigan existiendo precisamente *como fuerzas individuales*; y los fenómenos espiritistas parecen probar que, en efecto, subsisten, realmente intactas.

El sistema filosófico de Herbert Spencer ofrece también notables puntos de contacto con el Espiritismo.

Este filósofo admite que el mundo no es más que *la totalidad de las manifestaciones de la fuerza*, y que la ley universal a la cual está sometido, es *la ley de la evolución*.

La felicidad universal será el resultado definitivo de la evolución.

Spencer rechaza, por otra parte, *la distinción entre Materialismo y Espiritualismo*.

Para él, materia y espíritu son manifestaciones de la fuerza única que los contiene a los dos.

En la filosofía de Hegel se encuentran netamente las ideas de la evolución y la involución.

Lo absoluto, que no es más que un ideal puro, sin realidad alguna, se desenvuelve para llegar a la plena conciencia de sí mismo. Esto origina la evolución, que Hegel llama *lo por venir*. El desenvolvimiento se opera en tres fases o tiempos: primero, estado de pura virtualidad, llamado por Hegel *tesis*. Segundo, *delimitación y división*, esto es, *la antítesis*. Y, tercero, desaparición de las delimitaciones e identificaciones de las contrarias en una *síntesis superior*.

Esta síntesis, a su vez, se convierte luego en el punto de partida de un movimiento análogo, que se repite hasta el infinito.

Tesis, antítesis y síntesis reaparecen constantemente en todos los momentos del desenvolvimiento del ser. En su evolución, el ser realiza todos los progresos y llega de este modo a la plena conciencia de sí mismo.

En cuanto a la teoría de la armonía preestablecida, de Leibnitz, se acerca de un modo natural a la doctrina evolucionista.

Y, en fin, analogías evidentes con esta doctrina se encuentran también en la filosofía de Plotín. Este filósofo admite, en el conjunto del mundo, dos movimientos en sentido inverso: un movimiento de desenvolvimiento y al mismo tiempo de desgaste, y un movimiento en sentido inverso, de vuelta a las causas primeras. Como se ve, esto no es ni más ni menos que la teoría de la evolución y la involución. Menos clara es su teoría de las tres *hipostasis*, y sobre todo, menos satisfactoria es su conclusión de que hay que buscar la felicidad en la nulidad del pensamiento y de la personalidad para llegar de este modo al éxtasis de la dicha suprema. Éstas son, casi intactas, las viejas doctrinas de la India, que también se encuentran en muchos sistemas filosóficos de los Alejandrinos. (El Fedón, de Platón, está más conforme con la doctrina del espiritualismo evolucionista.)

Por último, no creemos que haya necesidad de discutir aquí las viejas creencias sobre la emigración de las almas (Pitágoras).

Los espiritistas pretenden que los elementos principales de su doctrina están contenidos en todas las grandes religiones de la antigüedad, disimulados bajo los símbolos y las manifestaciones exteriores del culto. Sostienen que estos elementos constituían una sabiduría secreta, reservada a los iniciados superiores. Y estos mismos elementos se encuentran asimismo en la religión de los Druidas, en las religiones de la India, y sobre todo, en las del Egipto (teoría del doble) (1).

Por otra parte, en todos los tiempos han sido observados los fenómenos espirituales, espontáneos o provocados.

Las evocaciones de los muertos, en la antigüedad pagana, los oráculos de las sibilas y de las pitonisas, y, más tarde, todos los fenómenos de embrujamientos y de *posesión* por los demonios; las alucinaciones y las apariciones históricas, etcétera, demuestran bien a las claras que las investigaciones del Espiritismo de nuestros días no se ejercen sobre un punto nuevo o completamente desconocido.

(1) Véase la interesante obra de Maspero, «Historia antigua de los pueblos de Oriente», en particular el tomo I, donde están expuestas las interesantísimas y viejas creencias de los egipcios, sobre todo en lo que concierne a la existencia del Doble. Maspero: «Estudios de Mitología y Arqueología egipcias.»

CONSECUENCIAS DE LA DOCTRINA

Transformación de las ideas religiosas, filosóficas, morales, sociales e individuales. – Comparación entre la opinión tradicional y la opinión nueva sobre nuestro destino. – Comprensión perfecta del mal y de las desigualdades humanas. – Recompensas y castigos son las consecuencias matemáticas de nuestras acciones, y no consisten más que en el estacionamiento del ser en las encarnaciones dolorosas o en su pasaje a estados superiores. – La felicidad, resultado natural y necesario del progreso evolutivo. – La moral nueva: trabajo, amor, solidaridad. – Necesidad del libre desenvolvimiento individual. – Libertad moral proporcional al estado de avance del individuo. – Peligro de las restricciones y las imposiciones inútiles. – Injusticia de los juicios humanos. – Mucha ignorancia y poca culpa sobre la Tierra. – Los placeres de la vida. – Influencia del evolucionismo en la vida social. – Desaparición de las divisiones ficticias de la Humanidad. – Socialismo y anarquía. – La sociedad futura habrá de reducir a mínimum las restricciones y las imposiciones. – Anarquía relativa. – Deberes hacia los animales.

CONSECUENCIAS DE LA DOCTRINA

«La ciencia es incapaz de darnos una explicación o una interpretación aceptable del Universo. Del mismo modo es incapaz de fundar una moral. Y, en fin, la ciencia es también incapaz de substituir a la religión en la evolución de la Humanidad.» (Brunetiere: «Revue des Deux-Mondes», del 15 de octubre de 1896.)

A esta serie de extraordinarias afirmaciones, todas ellas completamente espontáneas, nos contentaremos nosotros con considerar algunas de las consecuencias que resultarán bien pronto, sin duda alguna, de la comprobación, rigurosamente científica, de los dos principios fundamentales de la doctrina espiritista: *persistencia del yo consciente después de la muerte, y evolución progresiva del alma, por sus propios esfuerzos.*

Es evidente que esta ciencia nueva traerá consigo una revolución completa de la filosofía, la moral, la vida social e individual.

En el dominio de la filosofía, permitirá, en fin, rechazar definitivamente obscuridades sistemáticas, doctrinas incoherentes y caducas, que serían prontamente olvidadas, ante la luminosidad de la idea nueva y ante la inmensa satisfacción que traería a nuestros instintos de felicidad, a nuestros deseos de inmortalidad, a nuestra esperanza, en fin, de conocer el más allá.

La idea espiritista haría desaparecer también a la vez las ideas de la nada, tan deprimentes como desesperantes, y los dogmas religiosos, que no acaban de satisfacer nuestra ansia de saber. Y, por último, establecería *las creencias impuestas por una convicción razonada*.

Desembarazaría el Espiritualismo de los oropeles bajo los cuales, durante tantos siglos, se nos ha esforzado a esconderlo y disfrazarlo, con el nombre de diversas teocracias.

Nos libraría de los dioses antropomórficos, a menudo caprichosos o crueles, que intervienen constantemente en la creación por medio de milagros, la gracia o la predestinación; que reservan sus favores a muy raros elegidos; que exigen sacrificios de sangre y escogen las víctimas destinadas *a aplacar su cólera* entre las mejores de las criaturas; que siembran la tentación ante nuestros pasos, y que, a la menor falta, nos castigan para toda la eternidad; y que, en fin, nos aplastan, durante nuestra miserable existencia, de pruebas y do-

lores que no son más que la antesala de castigos más bárbaros y crueles todavía...

Con la idea nueva desaparecerán estas prescripciones dogmáticas, que nos han hecho aceptar creencias irracionales, que han limitado, hasta casi reducirlo a la nada, nuestro libre albedrío, limitando nuestro desenvolvimiento consciente; desaparecerá esta interpretación, increíblemente mezquina, del Universo que dirige toda la creación a la Humanidad terrestre.

Y desaparecerá el dogma del pecado original, con sus consecuencias injustas y bárbaras (1).

Desaparecerá la noción de *la salvación* por la oración y los sacramentos.

Y desaparecerán, sobre todo, estas aberraciones feroces sobre el infierno, sus legiones de demonios y sus suplicios eternos.

Estos dogmas infantiles aparecen verdaderamente pequeños comparándolos con las enseñanzas de la nueva filosofía: doble idea de involución y evolución, que lo abraza todo en un panteísmo grandioso (2).

(1) Consecuencias que llegan, según ciertos teólogos, hasta condenar a los pobres niños muertos sin recibir el bautismo.

(2) A propósito de estas magníficas concepciones panteístas, no quiero dejar de citar aquí estas bellas palabras de M. Marius George, «Humanidad integral», Enero 1896.

Parodiando una frase célebre, yo he dicho en una ocasión: «Yo soy un hombre y todo lo que se relaciona con los hombres me interesa y lo quiero; pero lo que no se refiera a los destinos de mis semejantes no me sabría interesar.

«Si hay un Dios o varios, ángeles o arcángeles que no han conocido jamás ni el esfuerzo, ni la lucha, ni el sufrimiento, que no han atravesado

¡Evolución progresiva de los mundos y de los seres por sus propias fuerzas, sin intervenciones caprichosas de la divinidad!

«La idea más alta que podemos formarnos de un organizador —dice muy acertadamente León Denis—, es la de suponerle creador de un mundo capaz de desenvolverse y desarrollarse por sus propias fuerzas, y no por continuos milagros...»

La divinidad no se sabría concebir fuera del Universo.

«La idea de Dios no expresa hoy para nosotros la de un ser cualquiera, sino la idea *del Ser*, que contiene a todos los seres... Nada de creación espontánea, nacida al azar, milagrosamente; la creación es continua, sin principio ni fin... El mundo se renueva incesantemente en todas sus partes; pero en su conjunto, es eterno.» (1)

La Tierra sobre la cual, según la feliz frase del ilustre Flammarión, intentan las religiones concentrar todo el pensamiento del creador, no es más que un punto insignificante del Universo.

Una sola existencia sobre nuestro planeta, por otra parte, no es más que un instante insignificante en la serie de encarnaciones innumerables del ser viviente.

do nunca la noche triste de la ignorancia; estos seres, que no tienen nada de humanos, no me interesan para nada. Yo no puedo ni quiero glorificar como seres superiores o hermanos mayores míos, por muy altos que estén en su gloria, más que los seres que han vivido nuestras propias miserias, y que, pequeños como nosotros, han sabido elevarse a fuerza de amor, de lucha y de sufrimientos.»

(1) León Denis, «Después de la muerte».

El alma individual no es *una pieza de máquina*, valga la frase, creada con todas sus facultades por el capricho de un creador milagroso.

El alma se forma y se desenvuelve por sí misma, por sus esfuerzos, por sus trabajos y por sus sufrimientos.

De este modo, el alma, por sí misma siempre, se consigue liberrar, poco a poco, del mal necesariamente unido a las primeras fases de su desarrollo; ella misma consigue llegar a la comprensión de la verdad, la belleza y el bien; y por su propio y solo esfuerzo llegará a tener los elementos lentamente conquistados para su felicidad futura.

De aquí la comprensión perfecta de las desigualdades humanas y la solución completa del problema del mal, estas dos condiciones de la vida terrestre que se compaginan tan poco con la idea de una providencia bondadosa y activa.

Las desigualdades humanas, desde el punto de vista de la inteligencia, de la conciencia y del corazón, desigualdades *que ni la herencia, ni la influencia del medio explican suficientemente*, tienen una fácil explicación en las diferencias evolutivas de los seres.

«La diversidad de las existencias, es lo único que puede explicar la diversidad de los caracteres, la variedad de las aptitudes, la desproporción de las cualidades morales, en una palabra, todas las desigualdades que nos chocan a simple vista...

»Sin la ley de las reencarnaciones, sería la iniquidad la que gobernaría al mundo.»(1)

(1) León Denis.

La explicación del mal no es menos satisfactoria.

El mal no es el producto de las fuerzas ciegas de la Naturaleza, que imponen a nuestras personalidades efímeros sufrimientos sin compensación.

El mal no es tampoco la consecuencia injusta del pecado original, ni una prueba, ni siquiera un castigo o una venganza divina.

El mal es sencillamente la medida de la inferioridad de los mundos y la condición necesaria para su perfeccionamiento.

El mal es el gran aguijón de la actividad de los seres, necesario para que no se inmovilicen en su estado presente.

Incluso en la Humanidad avanzada, el dolor físico juega un papel importantísimo.

El dolor impone el trabajo, e impide retrasarse o detenerse mucho tiempo en los placeres inferiores.

Algunos privilegiados de la existencia pueden perder tal vez vidas enteras en el ocio y el descanso; pero, tarde o temprano, ellos mismos recibirán el aviso del mal, que les hará ponerse en camino y sufrir y padecer dolores para avanzar. Una enfermedad, un gran dolor, un desengaño inmenso, el dolor, en fin, bajo cualquiera de sus muchas formas, les hará comprender bien pronto la inestabilidad de los placeres materiales, lamentar el tiempo perdido y les dará una idea más alta de la vida y el deseo de la verdadera felicidad.

Por razón de las condiciones evolutivas, el dolor es inevitable. Sus mismos excesos, las grandes catástrofes, las desgracias inmerecidas, son la consecuencia *del libre desenvolvimiento* de los mundos por sus propias

fuerzas, y no se deben atribuir tan injustamente como suele hacerse, a la divinidad.

El mal disminuye cada vez más, por los progresos de la evolución. La historia de la Tierra, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, es una prueba evidente de ello.

Y en esta nueva interpretación del Universo, no hay sitio para el infierno, ni para el paraíso.

Castigos y recompensas no vienen más que de nosotros mismos, y son *la consecuencia natural*, forzosa de nuestras faltas o de nuestros esfuerzos.

La vida actual —dice León Denis—, es la consecuencia directa, inevitable, de nuestras vidas pasadas, como nuestra vida futura será el resultado natural de nuestras acciones presentes (1). No somos más que lo que nosotros mismos vamos haciendo y hemos hecho de nosotros a lo largo de nuestra vida.

Rechacemos, pues, de una vez para siempre la terrible pesadilla de esos castigos eternos que nos presentan las religiones.

(1) No quiere decir esto que se pueda negar en absoluto la posibilidad de excepciones accidentales, que imponen reencarnaciones dolorosas inmerecidas. Estos accidentes son inevitables, precisamente porque en nuestra evolución no interviene Providencia alguna. Pero es indudable que serán recompensadas en encarnaciones sucesivas. *Es preciso considerar el conjunto y no los detalles.* Y hay que pensar además que una sola existencia no supone nada en el curso de nuestra evolución. A menudo, por otra parte, las pruebas y los sufrimientos han estado previstos y escogidos libremente por el espíritu antes de su reencarnación, por su bien y el de sus semejantes.

La sanción y el castigo de nuestras culpas, será simplemente el estancamiento en reencarnaciones sucesivas inferiores, según las condiciones que resulten, matemáticamente, para cada existencia, de las existencias ya vividas.

La recompensa y la compensación que debemos esperar de nuestros esfuerzos, por el contrario, recompensas a nuestras virtudes, a nuestros dolores, a nuestros trabajos, será el paso natural a encarnaciones superiores, y esta recompensa resultará de las leyes evolutivas, sin intervención de juicio divino alguno.

Nuestra progresión nos asegura la felicidad, *resultado natural*, de la disminución del mal, coincidiendo con el aumento de la conciencia de la libertad y de las facultades emotivas.

Pero esta felicidad, este verdadero premio a nuestra vida, no lo podremos obtener más que haciéndonos verdaderamente dignos de ello por nuestros sufrimientos, nuestro trabajo y nuestros esfuerzos.

Para ser capaz de apreciar lo que vale y supone un estado superior, es preciso antes saber elevarse hasta él. Porque es evidente que no se podría disfrutar un bien que se ignorara o no se comprendiera.

¿No vemos a menudo sin salir de la vida ordinaria, multitud de gentes incapaces de gustar los placeres estéticos, de apreciar la belleza, de sentir las emociones verdaderamente elevadas...?

No busquemos, pues, el porqué y en qué consistirá nuestra felicidad futura. Antes tenemos que evolucionar, para llegar a gustar de esa dicha que hasta ahora sólo sabemos presentir o adivinar muy tenuemente.

De este modo sabremos y podremos, no solamente *obtener* esa felicidad, sino también *gustarla* y *comprenderla*.

Bástenos saber que nuestra dicha futura ha de ser el resultado *necesario* de los progresos evolutivos del hombre y de todo cuanto le rodea.

CONSECUENCIAS MORALES

Las consideraciones filosóficas que preceden, originan consecuencias morales de una importancia capital.

La moral nueva constituirá una *verdadera ciencia* cuyos principios serán rigurosamente sacados de los conocimientos adquiridos sobre nuestro destino.

Y como tal, su influencia será verdaderamente enorme.

Pero como tal también, la nueva moral sacrificará implacablemente todo el conjunto insoportable de los prejuicios, de las obligaciones ficticias, de las restricciones inútiles, que aplastan la moral tradicional, y que los hombres parecen haberse gozado en cumplir para atormentarse recíprocamente.

La moral nueva, se apoyará sobre tres bases principales:

El conocimiento de las leyes y las condiciones evolutivas.

La necesidad del libre desenvolvimiento individual.

La noción de la relatividad de la libertad moral, apoyándose en la comprensión del mal y de las desigualdades humanas.

1º *Del conocimiento de las leyes evolutivas se deducirá:*

La necesidad del trabajo personal.

La necesidad de cultivar, por encima de todo y en primer lugar siempre, nuestras facultades intelectuales y afectivas, y de apartarnos todo lo posible de las sujeciones o trabas materiales.

La forzosa solidaridad entre los hombres, como consecuencia de las existencias sucesivas a que ellos están sometidos, en las condiciones y los medios más diversos.

De aquí la necesidad del altruismo, que, según la frase del Doctor Gibier, será el verdadero egoísmo en el porvenir.

Ayudando al perfeccionamiento de su prójimo y de la sociedad, el ser ayudará a su propio avance y hará menos penosas sus reencarnaciones futuras.

2º *La necesidad del libre desenvolvimiento individual, es una ley que se deduce necesariamente del conocimiento del libre desenvolvimiento del mundo.*

En nosotros todo cuanto nos es necesario para nuestro mejoramiento, para nuestro avance o progresión debe resultar de nuestros esfuerzos personales.

Así pues, en los límites de lo posible, la moral humana debe dejar libre al individuo.

Porque resulta, no solamente inútil, sino hasta perjudicial, imponer un deber a un individuo que éste no considera como un deber (1).

El ideal de la moral sería *instruir, sin imponer*, dejando al individuo advertido del mal, y enfrente de las consecuencias de sus acciones. La lucha es necesaria para el desenvolvimiento de su inteligencia (2).

Tarde o temprano, las faltas y los errores cometidos serán comprendidos y juzgados por el mismo culpable, ya por las advertencias del dolor, por el desenvolvimiento intelectual, o por su misma evolución moral, por lenta que sea, y como consecuencia de esto, su libertad moral se aumentará en uno o varios grados.

Aunque bien entendido, este respeto completo del libre desenvolvimiento del ser, no es más que un ideal.

(1) No hay que decir que nos referimos a la educación de la infancia. Habría mucho que hablar acerca de este asunto, mirado desde la nueva filosofía, pero esto nos llevaría muy lejos por ahora.

(2) Un ejemplo hará comprender mi pensamiento: Supongamos dos adolescentes de un nivel psíquico proporcionalmente igual. El primero se encerrará en un convento, donde pasará su vida entregado a la oración y los rezos, sin saber nada de los trabajos, los placeres, los dolores, las tentaciones y las faltas de la Humanidad. Este primer individuo terminaría su existencia *sin tener sobre su conciencia un solo pecado mortal*.

El segundo, en la Sociedad, luchará, trabajará, conocerá placeres y dolores. Y, sin haber llegado a ser un criminal, *habrá cometido muchas faltas*.

Es evidente que este último estará más adelantado a su muerte, y mejor preparado, con mucho, para la vida futura.

Prácticamente, el individuo debe estar subordinado en una medida justa a la seguridad y a la libertad de sus semejantes.

Pero todas las restricciones y todas las imposiciones que no se dirijan exclusivamente a este objeto, deben ser completamente rechazadas por perjudiciales y dañinas.

3º El tercer principio que servirá de base a la moral futura, esto es, el de *la relatividad de la libertad moral*, viene en apoyo de las consideraciones precedentes, y prueba también el peligro de las restricciones mundanas y sociales.

Según la ley de la evolución, *el libre albedrío es siempre proporcional al grado de avance del individuo* (1).

Por consecuencia la gravedad de una falta no puede ser apreciada por sí misma, ni siquiera por las circunstancias, sino, antes que nada, por el grado de elevación del culpable.

Es decir, que los juicios humanos, basados sobre el principio de la igualdad moral, son siempre arbitrarios y necesariamente injustos.

Es, pues, prudente y sabio abstenerse de juzgar.

Basta, por otra parte, con que pensemos en nuestro pasado, para convencernos a nosotros mismos de la necesidad de una gran indulgencia para las faltas de los demás.

(1) Esta solución del problema de la libertad moral, constituye una de las más bellas enseñanzas de la doctrina espiritista.

Todos hemos sido, en nuestras sucesivas encarnaciones, criminales y miserables; y si al fin hemos sabido elevarnos hasta el conocimiento de la belleza y del bien, sería rebajarnos de nuevo al nivel de los culpables si los castigáramos con nuestro desprecio.

El ser elevado no considera las faltas y los crímenes, las consecuencias del vicio, las manifestaciones de la maldad o del egoísmo, del odio, de los celos y la envidia, del espíritu de venganza, de todos los bajos sentimientos, en fin, que forman y hacen la desgracia de la Humanidad, más que como productos inevitables de un estado inferior. Sabe que en el mundo hay mucha menos culpabilidad que ignorancia (1).

Por eso, el ser verdaderamente superior, buscará ante todo instruir a sus semejantes, instruir a los culpables o prevenir sus malas acciones. Pero nunca se rebajará a castigar o a vengarse.

Sabe que todo castigo inventado por los hombres es inútil para el mejoramiento del culpable, y que toda acción mala lleva en sí misma su castigo.

El alcance de estos principios se ve en la actividad humana. Al contrario de la moral clásica, la moral evolucionista será sobre todo positiva, y reducirá al

(1) El hecho de que ciertos grandes criminales han sido personas instruidas e inteligentes, no quiere decir nada en contra de esta teoría. Semejantes excepciones no se pueden oponer a la regla general.

Además, es probable que esos desgraciados, a pesar de algunas facultades brillantes, fueran en el fondo, seres verdaderamente inferiores. Un ser realmente superior es forzosamente bueno y noble y *no puede nunca portarse como un criminal.*

mínimum el número y la importancia de las restricciones y el número y la importancia de los deberes (1).

En la vida individual, la moral nueva aconsejaría ante todo *el trabajo*, sobre todo, bien entendido, el trabajo intelectual y el cultivo de nuestras facultades emotivas y afectivas.

Podemos desenvolvemos en cualquiera de las ramas de la actividad psíquica, porque lo que importa es llegar a aumentar nuestra capacidad de saber, y no el conocer muchas cosas. Lo que se aprende es menos importante en sí, que por el ejercicio intelectual que nos facilita continuar nuestros conocimientos sucesivos.

Es, pues, completamente inútil, intentar en una sola existencia terrestre, llegar a poseer gran número de conocimientos. Sin limitarnos a una especialización estrecha y limitada, deberemos tender a cultivar nuestras disposiciones más desarrolladas y a adquirir grandes conocimientos en este sentido.

Ésta es la mejor regla, tanto para la sociedad como para nosotros mismos.

Al mismo tiempo que trabajará para él, el individuo, en efecto, por la ley del altruismo, impuesta como antes hemos visto por la noción de las existen-

(1) En una Humanidad suficientemente evolucionada, esto es, suficientemente inteligente y buena, el principio de *obligación* sería substituido por el principio de *libertad*. La noción del *deber* desaparecer casi por completo, y sería reemplazada por la noción del *amor*.

Y entonces sería, en efecto, un placer hacer el bien y un verdadero dolor practicar el mal.

cias sucesivas, el individuo, repetimos, habrá de trabajar para el perfeccionamiento de sus semejantes.

Hará el bien, sin llegar a inquietarse nunca por los resultados inmediatos. Desdeñará pensar en el reconocimiento que nacería de sus buenos actos, y no esperará nunca la recompensa de sus buenas acciones.

Despreciará las injurias personales, y se esforzará en rechazar todo sentimiento bajo de odio o de envidia.

No se vengará nunca de nada ni de nadie.

Sabrá excusar y comprender y perdonar en los otros, los vicios y los defectos que él no tenga, y, en la medida de lo posible, evitará emitir juicio alguno sobre ellos.

El ser superior, en una palabra, deberá, ante todo, trabajar, y dar prueba hacia sus semejantes, de una bondad activa, amarlos y ayudarlos (1).

Y no hará nada, bien entendido, que pueda redundar en perjuicio de sus semejantes.

Aprovechando en el mayor grado posible, por su desenvolvimiento, de su encarnación actual, el ser superior deberá cuidar y atender y dirigir su cuerpo, instrumento de su actividad.

Evitará, por lo tanto, los excesos, la fatiga, los peligros inútiles, el buscar una muerte prematura.

(1) Los límites en los que deberá fijarse y manifestarse este amor al prójimo, es lo que no podemos fijar por ahora. En este punto también el evolucionismo no establecerá más que leyes generales, dejando toda libertad a las interpretaciones individuales.

El ser superior no rechazará de ninguna manera ni por razón de prejuicio alguno los placeres de la existencia terrestre, ni los considerará como «un pecado».

Solamente no olvidará nunca que sólo los placeres de la inteligencia y del corazón son útiles a su perfeccionamiento; que los goces puramente sensuales son patrimonio de los seres inferiores, acompañándose muy frecuentemente de desilusiones o de dolores, y que pueden, en cierta manera, retrasar mucho su evolución.

Pensará sobre todo que debe renunciar a cualquier placer que pueda ocasionar perjuicio o daño a otro.

En la vida social, las consecuencias prácticas de la nueva ciencia serán considerables.

Los hombres comprenderán, todos y cada uno, la necesidad de trabajar para el progreso general de la Humanidad.

Por otra parte, el conocimiento de las vidas sucesivas en las condiciones más diversas, traerá consigo el más profundo desprecio por *las divisiones ficticias de la sociedad; la desaparición completa de los prejuicios de castas, de religiones, de razas y de fronteras.*

La familia será considerada desde un punto de vista más amplio y generoso; la idea de la patria, sobre todo, se despojará de su carácter mezquino que reviste todavía (1).

(1) Sobre estos dos importantes puntos, podríamos extendernos en amplias consideraciones. Mas el momento no me parece oportuno ni propicio. Me parecería perjudicial atacar ahora sentimientos muy respetables, que se irán modificando necesariamente, pero por desgracia con una lentitud a la que tenemos que resignarnos.

El papel de la sociedad frente al individuo, será establecido de acuerdo con los tres principios citados antes.

Se limitará a un simple papel de protección.
El Estado *pondrá las menos trabas posibles a la iniciativa individual*, y se contentará con asegurar la libertad y la vida de los ciudadanos.

Como se ve, estamos muy lejos de la actual concepción de la sociedad, con sus múltiples y cargantes leyes, restringiendo en todos los sentidos y en todos los momentos, la libertad individual y aplastando, por decirlo así, la actividad humana, encerrada en estrechos límites, y esforzándose incluso en canalizar entre los áridos caminos de los Códigos, hasta los mismos torrentes de sentimientos afectivos...

Resulta verdaderamente chocante en estos tiempos de pretendido liberalismo, la imposición que una sociedad civil establece como principios de conducta a cada individuo, inmiscuyéndose incluso en su conducta privada; principios de conducta privada que, según la feliz frase del ilustre Sebastián Faure en su obra «El dolor universal» «constituyen un verdadero prolongamiento de la legislación en el orden moral». El Estado es, pues, en nuestros días, con respecto al individuo, una especie de gendarme espiritual, que vela junto a cada individuo, impidiéndole salirse de las leyes, leyes injustas y atormentadoras de nuestros instintos, desde luego, y siempre dispuesto a caer sobre él, detenerle y violentarle, en cuanto el individuo se permite la

menor violación de los Códigos, absurdos y brutales en su mayoría (1).

El evolucionismo, que nos da argumentos contra la actual organización de la sociedad, nos impide igualmente adoptar las teorías sociales o anárquicas. Socialistas y anarquistas se apoyan en una constatación o prueba muy justa, o sea la de que la mayoría de los males que agobian a los hombres, vienen hoy, no de la Naturaleza, sino de los hombres mismos.

Su conclusión es enteramente falsa, sin embargo. El socialismo, por su parte, refuerza aún más los poderes del Estado, impone a los ciudadanos la aceptación

(1) La contradicción entre las concepciones sociales y las pretensiones liberales de la Humanidad moderna, es más evidente que en parte alguna en nuestra Francia centralista, sujeta a jerarquías y militarizada. En ningún país del mundo se observa mejor este estado de liberalismo aparente y de real intolerancia. La palabra *libertad*, para la inmensa mayoría no es más que un vocablo desprovisto de toda realidad y todo sentido práctico. El espíritu de iniciativa individual y de independencia es aquí completamente desconocido.

Escuchad a dos franceses de no importa qué edad, condición y sexo, discutir sobre un tema cualquiera, sea político, religioso, artístico, científico, industrial, etc. Inevitablemente oiréis salir de sus labios como un perpetuo refrán, estas frases: «¡El Estado debería obrar...!», «¡El Estado debería defenderse...!», «¡El estado debería imponer...!»

Y, sin embargo, se pregunta uno con angustia, qué es lo que aún está en nuestra Francia, tan bien ordenada, por ordenar o reglamentar.

«El francés de nuestros días —dice admirablemente E. Drumont—, no es más que un paquete humano que se registra al nacer en un libro, que se matricula, que luego se hace ingresar en un regimiento, que se tasa, que se hace circular, y que, por último, se coloca administrativamente con un número en un cementerio.»

rigurosa de su doctrina igualitaria y lleva, por ende, a suprimir toda iniciativa individual.

Esta concepción es, simplemente monstruosa, mirada desde la luz radiante del evolucionismo. Y es, además, absurda, ya que las desigualdades humanas son la *esencia misma de la Humanidad evolucionada*, y que la igualdad material no podría nunca coincidir con las desigualdades físicas, morales o intelectuales, tan considerables e importantes, o más que aquélla.

La doctrina anarquista no es más lógica, aunque sea menos extravagante. Parte del principio de que todos los males de los hombres vienen de la sociedad; pero no tiene en cuenta los antecedentes evolutivos de los seres, el atavismo, ni las condiciones naturales que obligan a los hombres a ayudarse mutuamente.

La anarquía no sería posible ni realizable, sino con *una Humanidad perfecta*, lo que está bien lejos de ocurrir sobre la Tierra. La filosofía de la evolución nos prueba que la legislación debe ser proporcionada al grado de avance de los hombres, y disminuir sus rigores y sus castigos conforme sea más extenso y general el progreso. Esa filosofía permite solamente aspirar a una especie de *anarquía relativa, reduciendo al mínimo el número y la importancia de las restricciones y de las imposiciones*.

Y hay, en fin, una última consecuencia que se deduce de la doctrina espiritista; la noción de ciertos deberes del hombre respecto a los animales.

Si es cierto que el hombre ha pasado por los organismos inferiores, y que los animales están destinados a llegar un día a formar parte de la Humanidad, todos

tenemos el deber ineludible de ayudar al cumplimiento de esta ley natural, evitando todo lo que pueda contrariarla.

Es preciso, pues, que rechacemos los placeres crueles a expensas de los animales. Les debemos evitar todos los sufrimientos inútiles, no les daremos la muerte sin necesidad absoluta de sacrificarlos, y, en fin, los animales domésticos deben ser tratados siempre y en todos los casos, con dulzura y con sincero cariño.

Esta regla, por lo demás, no tiene nada de nueva para cualquier hombre de corazón. Es inútil insistir sobre la gran verdad que encierran estas admirables palabras del gran Schopenhauer:

«Se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que el que se muestra cruel y brutal con los animales, no puede ser de ningún modo un hombre bueno.»

Éstas son las profundas modificaciones que se pueden esperar en los hombres del porvenir.

Pero este porvenir, ¡doloroso es confesarlo!, no está próximo ni con mucho. Sería una locura pretender esperar un cambio brusco en la vida de los pueblos o los individuos. *Las grandes transformaciones se han de hacer con ayuda del tiempo*; por esto es por lo que, fiel a esta ley del evolucionismo, la idea nueva, apoyada en bases científicas, no puede tener el aspecto ni la jactancia de las religiones, en su mayoría intolerantes.

No pretendiendo explicarlo todo, sino, por el contrario, limitándose a echar un poco de claridad en el camino de la verdad, la doctrina espiritista no impedirá a las inteligencias impregnadas de misticismo atávi-

co, preferir al conocimiento de las grandes leyes del Universo las creencias adecuadas a su grado de avance.

«Cada uno —dice Renán en sus «Ensayos de moral y de crítica»— se hace una fe a su medida. Defender un dogma, es probar que se carece de él, y que se tiene necesidad de uno, sea el que sea.»

En nuestros días existen millones de gentes que aún creen en esa especie de *Dios-gendarme*, cuyos castigos eternos e implacables dan la medida exacta de muchas conciencias, de las cuales no se podría arrancar, para reemplazarlo por ese Dios sin peligro, sobre todo si se pretendiera hacerlo bruscamente.

En cambio, la idea nueva se impondrá casi inmediatamente a millones de inteligencias privilegiadas y avanzadas, que si siguen aferradas a las viejas religiones, es por repugnancia natural hacia un materialismo en exceso grosero.

En fin, será acogida con verdadero entusiasmo por las almas y los espíritus elegidos que se dicen y hasta se creen materialistas por desdeñar los dogmas religiosos.

La Humanidad, en su conjunto, seguirá poco a poco el movimiento comenzado.

Sabiendo que es inevitable la lentitud del progreso, y resignado, por la certeza de la inmortalidad, al aplazamiento de sus esperanzas, el filósofo puede, al menos, por medio del pensamiento, elevarse por encima de las condiciones del tiempo y del espacio, y ver con los ojos de la inteligencia, las maravillosas transformaciones del porvenir.

En la embriaguez de estas concepciones grandiosas, puede encontrar distracción al tedio de los días rutinarios y monótonos, y consuelo a los grandes dolores de la existencia. Y mirar con una piedad profunda y al mismo tiempo con una resignación serena, las desgracias unidas inevitablemente a nuestra pobre Humanidad inferior; los odios públicos y privados, las lamentables opresiones de los pueblos y de las personas, las guerras, las grandes injusticias sociales...

Y no conceder, en fin, más que un vago desdén a las pasiones pequeñas, a las pequeñas querellas, a las envidias despreciables de los individuos, como a las grandes agitaciones de los diplomáticos y de los políticos.

Le basta al filósofo, para olvidar todas estas miserias, entrever, no como una quimera, sino como una probabilidad futura, la realización de su gran ideal, ideal sublime y fecundo de *Felicidad* para todos, y para todos también de *Amor y Libertad*.

CONCLUSIÓN

Me he esforzado noble y sinceramente en examinar la parte esencial del Espiritismo.

Lo he hecho, como habrán visto los lectores, sin pronunciarme en pro ni en contra de la interesante doctrina, aunque sin disimular de ninguna manera mi simpatía sincera y profunda por la nueva ciencia, aunque no quiero que esta simpatía me incline a conclusiones terminantes, temeroso de una ilusión peligrosa por parte mía.

Me contentaré, pues, para terminar, con hacer algunas reflexiones que me parecen racionales.

Los fenómenos espiritistas han sido observados por demasiados testigos conscientes y por demasiados sabios ilustres, que los han comprobado y controlado, para que hoy se puedan negar *a priori* por nadie. Es más: nadie *tiene el derecho* de rechazar, sin contraex-

perencia convincente, las conclusiones experimentales de los Crookes, Wallace, Zoëllner, Aksakoff, Oliver Lodge, Myers, Lombroso, Richet, De Rochas y tantos y tantos otros no menos ilustres.

La doctrina espiritista, justificada o no, es demasiado grandiosa para no imponer a los pensadores y a los sabios, y a los filósofos, una discusión profunda.

Y muchos de ellos llegarán ciertamente a la conclusión, después de un examen serio y concienzudo del Espiritismo, que una doctrina basada en hechos experimentales tan numerosos y precisos, de acuerdo con todos los conocimientos científicos de las diversas ramas de la actividad humana, que da una solución precisa, clara y satisfactoria de los grandes problemas psicológicos y metafísicos, que una doctrina así, repito, es muy verosímil. Muchos de ellos, llegarán incluso a afirmar que debe ser verdadera, que es probablemente verdadera.

En todo caso, no se trata ya de ilusiones, de dejarse mecer por «las viejas canciones» o de dormitar sobre «la blanda almohada de la duda».

Debemos saber. Queremos saber. Podemos saber.

Ya la ciencia ha trastornado para siempre los conceptos ancestrales del Universo.

-Distinción esencial entre los animales y el hombre, único ser provisto de alma inmortal.

-Creación, relativamente reciente, antropocéntrica y geocéntrica.

-Divinidad exterior al Universo, cielo, empíreo, etc., etc.

Todas estas nociones han desaparecido ante el progreso de las ciencias naturales y de la Astronomía. Del mismo modo que se han hecho inadmisibles para la conciencia moderna las viejas ideas del infierno eterno y de un Dios vengativo y cruel.

El evolucionismo se impone, de grado o por fuerza, a cualquiera que razone y piense; y, sin embargo, el Espiritualismo *evolucionista* es la sola doctrina que puede hoy oponerse científicamente a la teoría de la nada.

—Es de toda evidencia que la evolución, mirada *bajo cualquiera de sus dos aspectos o fases*, es infinitamente más satisfactoria y admisible que la evolución orgánica pura, ya que ella responde a nuestros deseos de inmortalidad y de felicidad, que nos ofrece una sanción moral, que satisface a la vez el corazón y el pensamiento y la razón, reuniendo en una síntesis única la ciencia, la filosofía y la religión.

—Mas, ¿esta doctrina tan bella es verdadera?

—Es la ciencia la que nos lo ha de decir. Puede decirse, sin embargo, desde ahora muy alto, que la ciencia no podrá ya en adelante, desinteresarse de los estudios psicológicos.

Y ya se trate de ilusiones o quimeras solamente, o bien que se encierre en ello el prólogo de una transformación completa de la actividad humana, la ciencia nos debe una conclusión precisa sobre el Espiritismo.

Ningún sabio, ningún pensador, ningún hombre verdaderamente elevado, puede desinteresarse de estos apasionantes problemas en nuestros días. «La inmortalidad —dice Pascal— es una cosa que nos importa

hasta tal punto, que nos interesa tan profundamente, que es preciso haber perdido todo sentimiento de humanidad para sentir indiferencia cuando se trata de esta tan trascendental e importantísima cuestión de nuestro destino.» (1)

(1) Pascal: «Pensamientos», artículo IX (edición Havet, pág. 137, tomo I).

NOTAS DE LA PRESENTE EDICIÓN

(Notas que figuran en la edición francesa)

Las notas y las fotografías que siguen, están extraídas de la última obra publicada por el Doctor Geley: «La Ectoplasmia y la Clarividencia».

Hemos pensado que servirán de gran utilidad para demostrar la naturaleza de las investigaciones realizadas por Geley en los últimos años de su vida, y que contribuirán a afirmar las conclusiones de la obra cuya tercera edición ofrecemos hoy al público.

EXPERIENCIAS CON EVA C...

Láminas I, II, III, IV, V y VI

En los casos más perfectos, el órgano materializado tiene todas las apariencias y propiedades biológicas de un órgano vivo. Yo he visto dedos admirablemente modelados, con sus uñas correspondientes; he visto manos completas, con sus huesos y articulaciones; he visto un cráneo vivo, cuyos huesos pude palpar bajo una espesa cabellera. ¡He visto, en fin, rostros bien formados, rostros de seres vivos, rostros humanos!

En numerosos casos, *estas representaciones se han hecho, desarrollado completamente ante mis mismos ojos, desde el principio al fin del fenómeno.* He visto muchas veces, por ejemplo, salir substancia de los dedos, uniendo entre sí los dedos de cada mano; luego, cuando el *médium* separaba sus manos, esta

substancia se alargaba, formaba espesos cordones, se extendía y luego constituía franjas semejantes a las franjas epiploicas. Y, en fin, en medio de estas franjas, aparecer, por representación progresiva, dedos, o una mano o un rostro perfectamente modelados.

En otros casos he sido testigo de organizaciones análogas, después de ver salir la substancia por la boca del *médium*.

He aquí un ejemplo tomado de mi cuaderno de notas:

De la boca desciende lentamente, hasta las rodillas de Eva, un cordón de substancia blanca, de una anchura aproximada de dos dedos. Este cordón toma a nuestros ojos las formas más variables: tan pronto aparece como un largo tejido membranoso perforado, con vacíos y con hinchazones, como se encoge y se estrecha para extenderse o inflarse de nuevo más tarde. Por todas partes, a lo largo de este cordón, se ven pequeñas ramificaciones y estas ramificaciones toman la forma de dedos humanos, el esbozo de manos humanas, y luego se confunden con la masa general de la substancia. Por último, el cordón se apelotonaba sobre sí mismo, se reunía todo entero en las rodillas de Eva, y después, su extremidad se aparta del *médium* y se acerca a mí. Yo pude ver entonces esta especie de botón terminal, extenderse y tomar la forma de una mano humana, perfectamente modelada. Yo toco esta mano. Da una sensación normal. Siento los huesos, los dedos provistos de uñas. El cordón hace entonces algunas evoluciones nuevas, se contrae y vuelve a entrar, por fin, en la boca del *médium*.

Al mismo tiempo que la forma sólida, se puede observar la forma vaporosa de la substancia. Esta forma vaporosa sale de la superficie del cuerpo del *médium* bajo una forma invisible e impalpable, sin duda a través de la trama de sus vestidos, y se condensa en la superficie de éstos. Luego se puede observar como pequeñas nubecillas, que se aglomeran a la altura de la espalda del *médium*, del pecho y las rodillas. Las nubecillas se extienden, se mueven lentamente hasta tomar la forma de una mano o un rostro.

Cualquiera que sea su modo de formación, el fenómeno no permanece siempre en contacto con el *médium*. A menudo se le puede observar completamente separado de aquél. El ejemplo siguiente es típico a este respecto:

Vi de pronto aparecer una cabeza, a unos setenta y cinco centímetros por encima de la cabeza de Eva, a su derecha. Se trataba de una cabeza de hombre, de dimensiones normales, bien formada y con sus relieves habituales. La cima del cráneo y la frente estaban perfectamente materializados. La frente es larga y ancha, los cabellos, espesos y fuertes, cortados al rape, negros o castaños. Por debajo de las arcadas de las pestañas, los contornos se hacían horrorosos; sólo se veían claramente la frente y el cráneo.

Más tarde, la cabeza desapareció un instante detrás de una cortina; reapareció de nuevo, pero esta vez el rostro estaba incompletamente materializado y oculto por una banda de la substancia blanca. Avanzo una mano; palpo los huesos del cráneo... Un instante después, todo había desaparecido.

Las formaciones tienen, pues, como se ve, cierta autonomía, y esta autonomía es tanto fisiológica como anatómica.

Los órganos materializados no están inertes, sino al contrario, vivos. Una mano bien constituida, por ejemplo, tiene las capacidades funcionales de una mano normal. Yo he sido muchas veces tocado por un dedo o una mano de los espectros y he sentido la misma sensación que si tocara la mano o los dedos de un ser viviente.

Las formaciones orgánicas bien constituidas, que tienen todas las apariencias de la vida, son muy a menudo reemplazadas por *formaciones incompletas*. El relieve falta con frecuencia, y las formas son planas. A veces también son planas por unos sitios y muy en relieve por otros. Yo he visto en ciertos casos una mano o un rostro aparecer planos, y luego, ante mis mismos ojos tomar las tres dimensiones, completa o incompletamente. Las dimensiones, en el caso de formaciones incompletas, son a veces más pequeñas que en la realidad. Incluso a veces son verdaderas miniaturas.

EXPERIENCIAS CON M. FRANEK KLUSKI

Láminas VII, VIII, IX, X, XI y XII

Materialización de miembros humanos:

Nosotros hemos tenido ocasión de comprobar la materialización de miembros humanos *por la vista*, *por el tacto* y *por el modelado de estos miembros*.

1º *Comprobación de la materialización de los miembros humanos por la vista.*— La débil luz que, como es sabido es preciso tener cuando se verifican sesiones espiritistas, nos ha dado pocas ocasiones de hacer comprobaciones por este medio. Ya antes hemos hablado de los esbozos de manos luminosas; la formación de una mano a expensas de la substancia sólida salida de la parte izquierda del *médium*.

En otros casos hemos visto una mano materializada sostener una pantalla luminosa, y alumbrar al mismo tiempo un rostro humano (todo ello fuera del alcance del *médium*).

Otras veces hemos visto la pantalla sostenida, no por los dedos, sino por otros miembros del espectro, de modo que los dedos de la mano de aquél hacían sombra sobre la pantalla misma, en su cara luminosa, claro está.

2º *Comprobación de las materializaciones de miembros humanos por el tacto.* — Si, como antes decimos, hemos tenido pocas ocasiones de comprobar por la vista la materialización de miembros humanos, en cambio lo hemos hecho muchísimas veces por el tacto. Los contactos de las manos han sido, luego de las luminosidades, el fenómeno más frecuente de nuestras experiencias con Franek. Estos fenómenos han sido comprobados por los peritos controladores de nuestras experiencias; aunque también (menos frecuentemente, desde luego) por los otros colaboradores. Y la impresión de estas manos eran, casi siempre, exactamente iguales a las de unas manos normales.

La temperatura corriente de estas manos, era la normal de las manos de un ser viviente. Estrechaban y acariciaban con preferencia nuestras manos, los brazos o la cabeza de los experimentadores. Y estos contactos eran siempre ligeros y dulces, nunca violentos ni brutales.

EL MODELADO DE LOS MIEMBROS MATERIALIZADOS

Digamos primero en qué consisten los modelados de parafina: un recipiente amplio, que puede ser incluso una palangana corriente, contiene parafina fundida, flotante sobre agua caliente. Este recipiente es colocado cerca del *médium* durante las sesiones. La *entidad* materializada recibe el ruego por parte de alguno de los asistentes a la sesión de hundir una mano, un pie o incluso el rostro mismo, varias veces, en el recipiente de la parafina. Y entonces se forma, casi instantáneamente, un molde, que reproduce con precisión el miembro aplicado. Este molde se endurece rápidamente en contacto con el aire o con el agua fría, que se tendrá preparada en otro recipiente próximo. Luego, la parte materializada se desmaterializa y abandona el molde a los experimentadores.

Más tarde, para limpiar el molde, se hunde éste, con guante y todo (el guante que sirve para el modelado), en agua hirviendo, y se saca el molde por el procedimiento ordinario del vaciado, en yeso u otra sustancia cualquiera, quedando entonces todos los detalles de la parte materializada.

CONCLUSIÓN DE LA «ECTOPLASMIA Y CLARIVIDENCIA»

Conforme con la decisión que había tomado al reunir los documentos para escribir este libro, me he abstenido en él de toda tentativa de explicación de los hechos, igualmente que de toda teoría.

¿Es esto decir que estos fenómenos formidables que constituyen las pruebas del Espiritismo no tienen aún una interpretación científica posible ni consecuencias metafísicas.

Nada más lejos de mi pensamiento.

Los lectores «Del Inconsciente al Consciente» saben muy bien que, al contrario, la Metafísica, según mi opinión, lleva con ella consecuencias absolutamente revolucionarias para la Biología y la Psicología.

Pero la discusión filosófica es demasiado compleja y demasiado importante para ser abordada al final del libro. La reservaré, pues, íntegramente, para mi próximo libro en preparación.

La sola deducción que haré, por el momento, de la exposición árida de los fenómenos espiritistas, es la certidumbre de su autenticidad.

Contra esta certidumbre, no pueden nada, ni nada suponen las denegaciones de los enemigos del Espiritismo, que se basan en ideas preconcebidas, o las de tal o cual opinión filosófica de las cosas, por arraigada que esté y vieja que sea en la historia de la Humanidad.

A los adversarios de la Metapsíquica, se aplica maravillosamente la respuesta que dirigía el ilustre Pasteur a los adversarios de sus descubrimientos maravillosos: ¡Aquí no se trata ni hay religión alguna, ni Filosofía, ni Ateísmo, ni Materialismo, ni Espiritualismo: aquí se trata sólo y exclusivamente de hechos!

FIN



Lámina I



Lámina II



Lámina III



Lámina IV



Lámina V



Lámina VI



Lámina VII

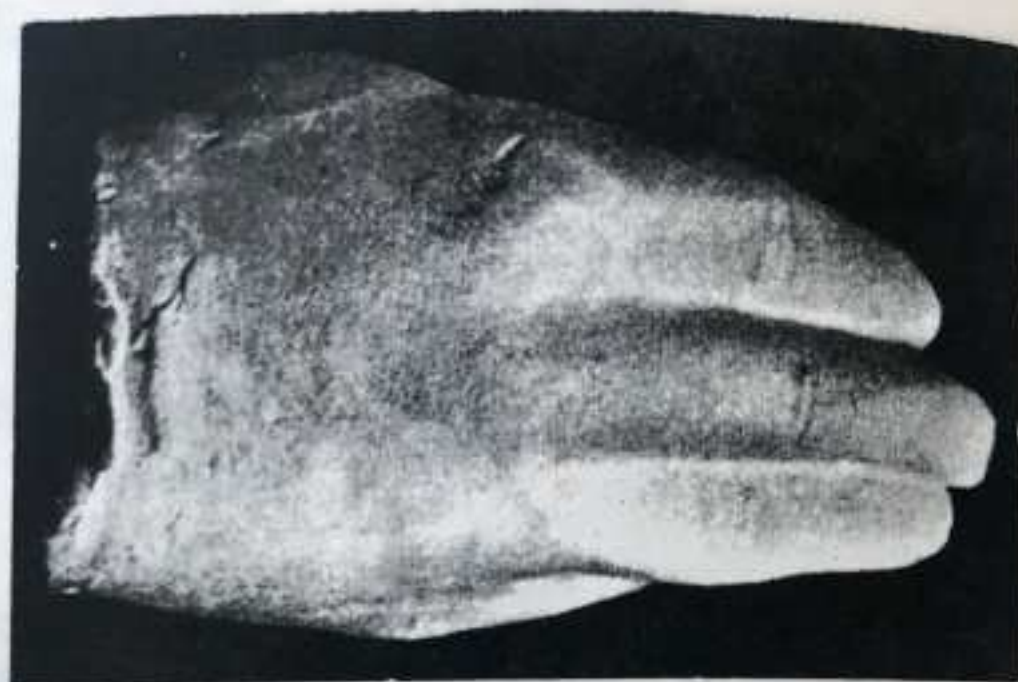


Lámina VIII



Lámina IX



Lámina X



Lámina XI



Lámina XII

Geley fue un médico brillante, muy notorio y apreciado en toda Francia. Observó y estudió el fenómeno del sonambulismo y de la hipnosis con sumo interés.

Con la ayuda de otros científicos Geley inició experimentos prácticos en el campo de la investigación psíquica en el 1918 desarrollando su trabajo en forma oficial.

El gobierno francés considera importante y útil el trabajo desarrollado disponiendo la apertura de un Instituto de investigación psíquica y así se funda, el Instituto Metapsíquico Internacional cuya dirección fue confiada a Geley.

Como director del nuevo instituto inició una interesante actividad de estudio por la mediumnidad.

Según Geley, el factor clásico de la evolución (adaptamiento al ambiente y selección) no puede explicar el origen mismo de la especie, el origen de los instintos, la transformación improvisada y creación de nuevas especies.

Es necesario para explicar el fenómeno de la evolución desde la forma primordial de la vida, hasta el hombre consciente, un dinamismo independiente de la materia orgánica, superior, y organizado, un impulso superior bien distinto de la influencia del ambiente y de reacciones químicas externas.